

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXI

San José, Costa Rica 1930 Sábado 1.º de Noviembre

Núm. 17

Año XII. No. 513

SUMARIO

La religión de un hombre libre.....	Bertrand Russell	A mi América india.....	Valmore Rodríguez
Carta alusiva.....	Salomón de la Selva	El escritor Fabio Fiallo.....	José Francisco Villalobos
Dos romances.....	Salomón de la Selva	Una lección de Bourdelle en la Grande Chaumière.....	Gervasio Furest Muñoz
Simón Bolívar (2).....	Carlos Pellicer	La vida triste del poeta Isaías Gamboa.....	Simón Latino
De los mercenarios y el daño que le hacen a la patria.....	Juan del Camino	Ensueños de Nochebuena.....	Carmen Lyra
El centenario de Bolívar y la tragedia venezolana.....			

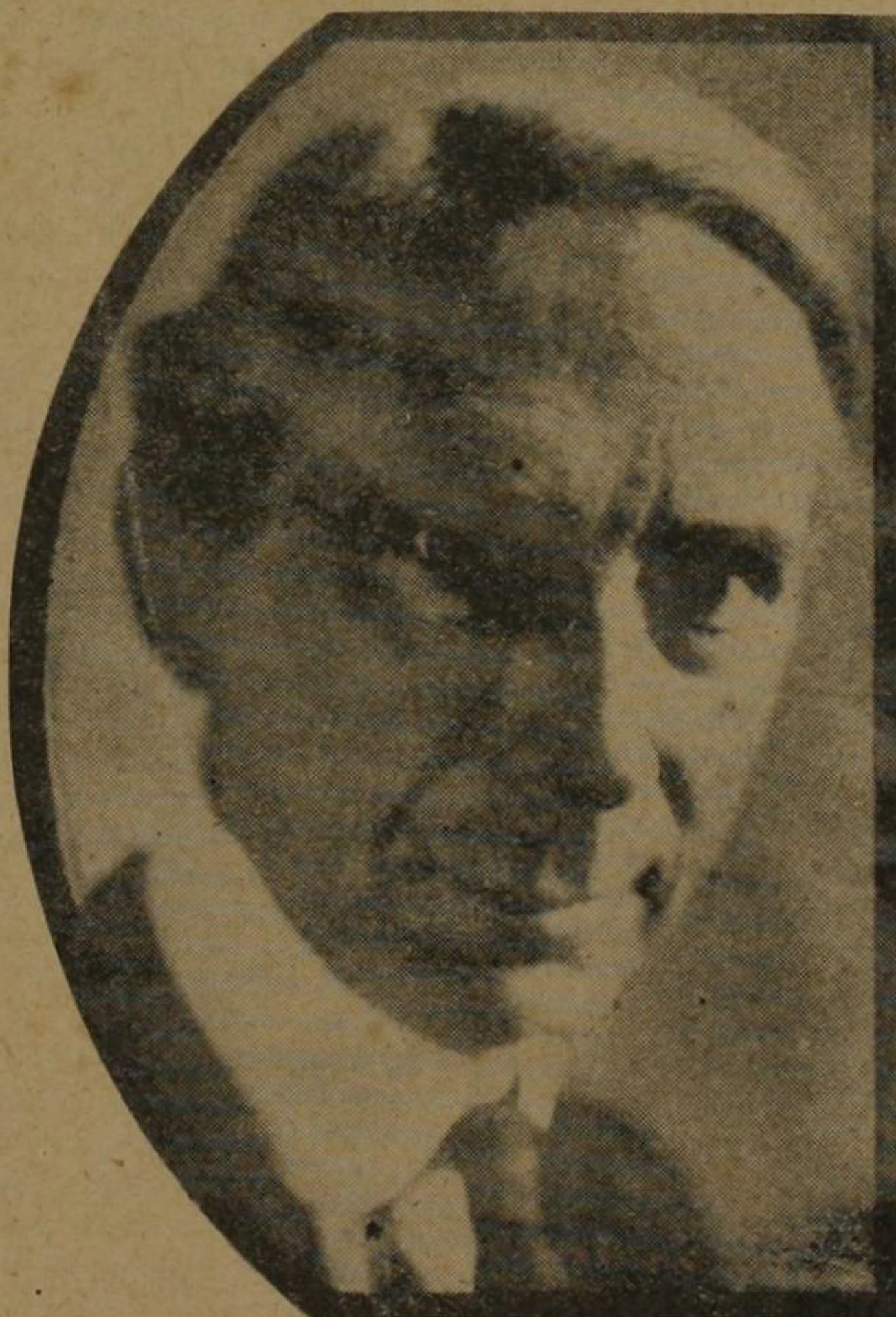
La religión de un hombre libre

Al Dr. Fausto en su gabinete de estudio le contó Mefistófeles la historia de la creación, diciéndole:

«Las interminables loas de los coros de los ángeles habían comenzado a aburrirle, porque, al fin de cuentas, ¿acaso no merecía él sus alabanzas? ¿No les había dado inacabable júbilo? ¿No resultaría más divertido obtener adoración inmerecida, la adoración de seres a quienes torturase? Se sonrió en sus adentros, y resolvió que diese principio la representación del gran drama.

»Durante edades incontables la encendida nebulosa giró locamente y sin rumbo en el espacio. Al fin comenzó a cobrar forma; la masa central arrojó de sí planetas; los planetas fueron enfriándose; mares hirvientes y candentes montañas se agitaron con titánica violencia; inmensas sábanas de lluvia cayeron en diluvios de las negras masas de nubes sobre la cáscara apenas sólida de la tierra. Y ahora el primer germen de la vida creció en las profundidades del océano, y se desarrolló rápidamente en la fructuosa calidez, convirtiéndose luego en vastas selvas de árboles inmensos: Del limo húmedo brotaron a su impulso gigantescos helechos primitivos, y los mares se poblaron de monstruos feroces que se devoraban los unos a los otros, y que por fin pasaron. Y de tales monstruos, en desarrollo continuo y a medida que el drama iba desenvolviéndose, nació el Hombre, dotado con la facultad de pensar, y con el conocimiento del bien y del mal, y con la sed cruel de adorar. Y el Hombre vió que todo es efímero en este mundo monstruoso y loco; que todo es lucha por arrebatarse, a cualquier precio, unos pocos momentos breves de vida antes de que se cumpla el inexorable decreto de la Muerte. Y el Hombre dijo: «Hay un oculto propósito, el que, si lo pudiéramos sondear, veríamos que es bueno; porque debemos adorar algo, y en el mundo visible nada hay que sea digno de adoración.» Y el Hombre se hizo a un lado de la lucha, pensando hondamente y con fe, que el deseo de Dios era que por los esfuerzos humanos surgiese del caos la armonía. Y cuando el Hombre se entregaba a los instintos que Dios le había transmitido y que tenían origen en sus ancestrales fieras de presa

=Traducción de SALOMÓN DE LA SELVA, para Repertorio Americano=



Bertrand Russell

Carta alusiva

Mi muy querido don Joaquín García Monge:

Le envío el admirable ensayo de Bertrand Russell, *A Freeman's Worship*, traducido, con el cariño que me merecen los lectores de su revista, especialmente para *Repertorio Americano*. Estos lectores son, para mí, en primer término los maestros de Costa Rica; en segundo, aquella banda de espíritus despiertos, dispersos en pequeños grupos en todos nuestros países pero que sin embargo formamos estrecha falange, unidos por el fuerte lazo que usted, con la paciencia, la tenacidad, la generosidad y el alto don de maestro que Dios le ha dado, ha venido tejiendo en más de once años de labor visible para todos en los volúmenes de *Repertorio*. Muchos de esos lectores que digo aún no conocen a Bertrand Russell. Hay quienes, como nuestra admirable Carmen Lyra, han estudiado sus obras de educador de

(Pasa a la página 260)

llamó a eso Pecado, y cayendo de hinojos le pedía a Dios perdón. Pero dudando de si en justicia podía perdonársele, llegó a inventar un Plan divino por el que la cólera de Dios había de aplacarse. Y viendo que el presente era malo, lo empeoró aún más, para que así el futuro resultase mejor. Y le rindió gracias a Dios por la fortaleza que le capacitaba para negarse a sí mismo hasta aquellas alegrías que podía alcanzar. Y Dios sonrió; y cuando vió que el Hombre se había perfeccionado en la renunciación y en la adoración, lanzó otro sol por el espacio que, al chocar con el sol del Hombre, lo hizo añicos resolviéndose todo otra vez en nebulosa.

»Sí, murmuró, ha sido una buena representación. Veré que se repita».

Tal es, en esbozo, pero aún más carente de propósito, más vacío de significación, el mundo que la Ciencia nos presenta para que creamos en él. En medio de ese mundo así, nuestros ideales han de hallar hogar, o no lo hallarán en parte alguna. Que el Hombre es producto de causas que no tuvieron previsión del fin que iban logrando; que su origen, su desarrollo, sus esperanzas y temores, sus amores y sus creencias no son más que el resultado de colocaciones accidentales de los átomos; que fuego ninguno suyo, que ningún heroísmo, que ningún pensamiento ni sentimiento que tenga, por intensos que sean, pueden conservar la vida individual más allá de la tumba; que toda la labor de las edades, toda la devoción, toda la inspiración, todo el resplandor meridiano del genio humano, están destinados a extinguirse en la vasta muerte del sistema solar, y que el templo de los triunfos del Hombre inevitablemente ha de hundirse por entero bajo las ruinas de un universo destruido:—estas cosas, aún cuando no estén por completo fuera de disputa, son, no obstante, tan casi ciertas que no hay filosofía que las rechace y espere sostenerse. Sólo dentro del andamiaje de estas verdades, sólo en el suelo firme de una desesperanza irreductible, puede en adelante edificarse sobre seguro la habitación del alma.

¿Cómo, en mundo tan ajeno y tan inhu-

mano, puede criatura tan impotente como el Hombre conservar sus aspiraciones sin que pierdan su brillo? Misterio extraño es el de que la Naturaleza, omnipotente pero ciega, en las revoluciones de sus carreras seculares a través de los abismos del espacio, haya echado de su vientre al fin un hijo suyo, sometido a su potestad como sus otros hijos, pero dotado de visión, conocedor del bien y del mal, con capacidad para juzgar todas las obras de su Madre que es incapaz de pensar. A pesar de la Muerte, marca y sello de la potestad materna, el Hombre es libre, en los breves años de que dispone, para examinar, para criticar, para conocer, y, en la imaginación, para crear. A él únicamente, en el mundo que conoce, le pertenece esta libertad; y en ella estriba su superioridad sobre las fuerzas irresistibles que dominan su vida externa.

El salvaje, como nosotros mismos, siente la opresión de su impotencia frente a los poderes de la Naturaleza; pero no teniendo en sí nada que respetar más grande que el Poder, voluntariamente se postra delante de sus dioses, sin inquirir si son dignos de su adoración. Lastimosa y muy terrible es la larga historia de crueldad y de tortura, de degradación y de sacrificio humano, soportados en la esperanza de placer a los dioses celosos: Cree el trémulo creyente que de seguro, cuando se ha sacrificado de buen grado lo que era más querido, la sed de sangre de las divinidades se saciará y no exigirán más. La religión de Moloch, como genéricamente podemos llamar esos credos, es en esencia la sumisión cobarde del esclavo que ni en su corazón se atreve a permitir el pensamiento de que su amo no merece adulación. Puesto que la independencia de los ideales aún no ha sido reconocida, puede el Poder ser adorado libremente y recibir respeto ilimitado a pesar de su voluntariosa repartición de dolores.

Pero gradualmente, a medida que la moralidad cobra osadía, comienzan a sentirse los reclamos del mundo del ideal; y la adoración, si no hemos de dejar de adorar, ha de otorgarse a dioses de otra índole que los creados por el salvaje. Algunos hombres, aún cuando sienten las demandas del ideal, conscientemente las rechazan, arguyendo que el Poder es en sí digno de adoración. Tal es la actitud inculcada en la respuesta que dió a Job, Dios desde el fondo del torbellino: El poder y la sabiduría de la divinidad se exhiben, pero de la divina bondad no se da indicio. Tal es también la actitud de aquellos contemporáneos nuestros que basan su moralidad en la lucha por la existencia y la sobrevivencia, y sostienen que quienes sobreviven son de necesidad los más aptos y mejores. Pero otros, no contentos con respuesta tan repugnante al sentido moral, adoptarán la posición que nos hemos acostumbrado a considerar como especialmente religiosa, y mantendrán que de una manera escondida pero cierta, el mundo de las realidades está en armonía con el mundo del ideal. Así, el Hombre crea a Dios haciéndolo todopoderoso y todobondadoso, logrando en él la unidad mística de lo que es con lo que debiera ser.

Pero, después de todo, el mundo de las realidades no es bueno; y, al someter a él nuestro juicio, hay un elemento de esclavismo del que debemos purgar nuestros pensamientos. Porque en todas las cosas conviene exaltar la dignidad del Hombre, libertándolo hasta donde sea posible de la tiranía del Poder no-humano. Cuando nos hemos dado cuenta de que el Poder es en su mayor parte malo, de que el Hombre, con su conocimiento del bien y del mal, no es sin

embargo, más que un átomo desvalido en un mundo que no tiene ese conocimiento, se nos presenta de nuevo este dilema: ¿Adoraremos la Fuerza, o la Bondad? ¿Tendrá existencia propia nuestro Dios, y será malo, o lo reconoceremos bueno pero hechura de nuestra conciencia?

La respuesta a esta pregunta es de tremenda importancia, y afecta profundamente toda nuestra moralidad. La adoración de la Fuerza, a que Carlyle y Nietzsche y el credo Militarista nos han acostumbrado, es resultado de nuestro fracaso en mantener nuestros ideales en contra de un universo hostil: Es en sí la sumisión de hinojos y con la frente en el suelo, delante del mal: El sacrificio de cuanto es mejor en nosotros, en aras de Moloch. Si fuerza alguna hemos de respetar, sea más bien la fuerza de quienes rechazan esa falsa «aceptación» de las realidades que no reconoce que las realidades con frecuencia son malas. Confesemos que en el mundo que conocemos hay mucho que estuviera mejor de otra manera, y que los ideales que hemos hecho y debemos hacer nuestros no se realizan en el reino material. Conservemos nuestro respeto por la verdad, por la belleza, por la perfección ideal que la vida no nos permite que alcancemos, aunque el inconsciente universo no nos otorgue aprobación de nada de eso. Si el Poder es malo, como parece ser, echémoslo de nuestros corazones. En esto estriba la verdadera libertad del Hombre: En que puede tomar la determinación de adorar sólo al Dios creado por nuestro amor de la bondad, y respetar sólo aquel cielo que inspira la visión interior de nuestros mejores momentos. En la acción, en el deseo, estamos obligados a someternos a la tiranía de las fuerzas exteriores; pero en el pensamiento, en la aspiración, somos libres, libres de nuestros prójimos, libres del mísero planeta sobre el que se arrastran impotentemente nuestros cuerpos, libres, en fin, mientras nos dura la vida, hasta de la tiranía de la muerte. Aprendamos, pues, a tener esa energía de fe que nos permita vivir constantemente con la visión de la bondad; y, en la acción, descendamos al mundo de las realidades teniendo esa visión siempre delante de nosotros.

Cuando el contraste entre la realidad y el ideal se define perfectamente por vez primera, un espíritu de fiera rebeldía, un fogoso odio para con los dioses, parecen necesarios para declarar la libertad. Retar con prometeica constancia al hostil universo, mantener de continuo frente a nosotros la realidad del mal odiándolo siempre activamente, no rechazar dolor ninguno que la maldad del Poder pueda inventar, parece ser el deber de quienes no han de doblegarse ante lo inevitable. Pero la indignación sigue siendo servidumbre, puesto que obliga a nuestros pensamientos a mantenerse ocupados con un mundo perverso; y en la fiereza de deseo de la que surge la rebeldía hay, además, un egoísmo que es necesario que venzan quienes han de ser sabios. La indignación es la sumisión de nuestros pensamientos pero no la de nuestros deseos. La libertad estoica en que consiste la sabiduría, es la sumisión de nuestros deseos pero no la de nuestros pensamientos. De la sumisión de nuestros deseos nace la virtud de la resignación; de la libertad de nuestros pensamientos surge todo el mundo del arte y de la filosofía, y aquella visión de la belleza con la que, al fin, conquistamos a medias el rehacio mundo. Pero la visión de la belleza le es posible sólo a la contemplación no encadenada, a los pensamientos sobre los que no hace fuerza la pesantez de los deseos ávidos; de manera que la libertad les llega sólo a aquellos que ya

no le piden a la vida ninguno de los bienes personales sujetos a las mutaciones del Tiempo.

Aún cuando la necesidad de la renunciación prueba la existencia del mal, el Cristianismo, al predicarla, ha demostrado una sabiduría que supera a la filosofía prometeica de la rebeldía. Debe confesarse que, de las cosas que deseamos, algunas, por imposibles que sean, son, no obstante, bienes efectivos; otras, por más que las deseemos ardientemente, no forman parte de un ideal plenamente purificado. La creencia de que lo que ha de renunciarse es malo, aunque a veces resulta falsa, lo es menos frecuentemente de lo que la pasión indomada se supone; y el credo de religión, al dar una razón de fe para probar que esa creencia nunca es falsa, ha sido el medio para purificar nuestras esperanzas, por el descubrimiento de muchas austeras verdades.

Pero hay en la resignación un elemento más de bondad: Hasta los bienes efectivos, cuando son inasequibles, no deben ansiarse febrilmente. A todo hombre le llega, tarde o temprano, la hora de la gran renunciación. Para los jóvenes nada hay que no se pueda lograr; no pueden creer que sea imposible de alcanzar una cosa buena, deseada con toda la fuerza de la voluntad apasionada. Pero por la voz de la muerte, o por la de la enfermedad, o por la de la pobreza, o por la clara y alta del deber, todos y cada uno de nosotros forzosamente aprendemos que el mundo no fué hecho para nuestra felicidad y que, por bellas que sean las cosas que anhelamos, la Fatalidad sin embargo las prohíbe. Es parte del valor, cuando el infortunio nos abate, sobrellevar sin lamentarnos la ruina de nuestras esperanzas, dándoles las espaldas de nuestros pensamientos a los vanos pesares. Este grado de sumisión al Poder no es sólo justo y recto: Es la entrada misma a la sabiduría.

Pero la renunciación pasiva no es el todo de la sabiduría; pues no es con sólo la renunciación que podemos edificar el templo para la adoración de nuestros ideales. En el imperio de la imaginación, en la música, en la arquitectura, en el sereno reino de la razón, y en la magia áurea y vespertina de la poesía lírica, dondequiera que la belleza brilla y arde lejos del contacto con la tristeza, lejos del temor del cambio, lejos de los fracasos y desencantos del mundo de las realidades, allí se vislumbran inolvidables prefiguraciones del templo. Y en la contemplación de esas cosas la visión del cielo cobrará forma en nuestros corazones, y será para nosotros a un mismo tiempo la piedra de toque para que juzguemos el mundo que nos rodea, y la inspiración que nos sirve para hacer adecuado a nuestras exigencias todo cuanto en sí no sea capaz de ser piedra en la construcción del templo sacrosanto.

Excepto para aquellos raros espíritus nacidos sin pecado, hay una caverna de oscuridad que atravesar antes de poder entrar en ese templo. La boca de la caverna es la desesperanza, y su piso está pavimentado con las losas de las esperanzas muertas. Allí el Yo ha de morir allí la avidez y la codicia del deseo no domado han de ser sacrificadas, pues sólo así puede el alma librarse del imperio de la Fatalidad; pero del otro lado de la caverna, el Portal de la Renunciación da a la luz solar de la sabiduría por cuyo esplendor una nueva visión interior, un nuevo júbilo, una ternura nueva, brillan para alegrar el corazón del peregrino.

Cuando, depojados de la amargura de la rebeldía impotente, hemos aprendido a resignarnos al régimen externo de la Fatalidad y a

reconocer que el mundo no humano es indigno de nuestra adoración, entonces es posible, al fin, transformar y rehacer de tal manera el universo inconsciente, trasmutarlo de tal modo en la hornacina de la imaginación, que nueva imagen de lucientes oros suplanté al viejo ídolo de barro. En todas las realidades multiformes del mundo,—en las formas visuales de los árboles, de las montañas, de las nubes; en los sucesos de la vida del hombre, y hasta en la omnipotencia misma de la Muerte—la visión interior del idealismo capaz de crear puede hallar el reflejo de la belleza que primero nació de sus propios pensamientos. Así la mente afirma su señorío sutil sobre las fuerzas brutas de la Naturaleza. Mientras más perverso y más torcedor del deseo indomado, sea el material con que se ocupe, tanto mayor será su logro al inducir a la rehacia roca a que entregue sus tesoros ocultos, y tanto mayor será su victoria al obligar a las fuerzas contrarias a engrosar en la procesión de su triunfo. De todas las artes, la Tragedia es la más orgullosa, la más triunfal; porque edifica su esplendorosa ciudadela en el centro mismo del país enemigo, en la cumbre misma de su más alta montaña: Desde sus inexpugnables torres de vigía, mira los campos y arsenales, las columnas y los fuertes del contrario; pero dentro de sus muros propios la libre vida continúa, mientras que las legiones de la Muerte y del Dolor y de la Desesperanza, y todos los serviles capitanes del tirano Fatalidad, le dan a los habitantes de esa ciudad impávida nuevos espectáculos de belleza. Felices esas sagradas defensas, y tres veces felices los que han hecho sus moradas en esa eminencia desde la que todo se contempla. Honor a los valientes guerreros que, a través de incontables edades de lucha, nos han conservado la inapreciable herencia de la libertad y han mantenido, limpio de la mácula de los sacrilegios invasores, el hogar de los irreductibles.

Pero la belleza de la Tragedia no hace más que hacer visible una cualidad que, en formas más o menos obvias, está presente siempre y en todas partes en la vida. En el espectáculo de la Muerte, en el sufrimiento del dolor intolerable, y en la irrevocabilidad de un pasado abolido, hay un algo sacrosanto, hay un temor sobreimponente, hay un sentido de la vastedad, de la hondura, del inagotable misterio de la existencia, en el que, como en raro matrimonio de dolor, lazos de pena estrechan a la víctima con el mundo. En estos momentos de visión interior perdemos toda avidez de deseo temporal, abandonamos toda lucha y todo esfuerzo de fines mezquinos, y todo cuidado por las triviales cosas pequeñas que, vistas superficialmente, hacen la vida común de día a día: Vemos, en rededor de la estrecha balsa que ilumina la temblona luz de la fraternidad humana, el océano oscuro sobre cuyas tumbonas olas nos mecemos una hora de corta duración; de la noche inmensa de afuera, rompe sobre nuestro refugio un aletazo helado; toda la soledad de la humanidad en medio a fuerzas hostiles se concentra sobre el alma individual, que ha de luchar sola, con el solo valor que tenga en sí, contra la gravedad del universo todo al que no le importan ni esperanzas ni temores. La victoria, en esta lucha con los poderes de la oscuridad, es el verdadero bautismo que nos reintegra a la gloriosa compañía de los héroes, la verdadera iniciación en la belleza, que todo lo enseorea, de la existencia humana. De ese tremendo encuentro del alma con el mundo externo nacen la renunciación, la sabiduría, la caridad; y con el nacimiento de estas tres, co-

mienza una nueva vida. Llevar al santuario más recóndito del alma las irresistibles fuerzas cuyos titeres parecemos ser—la Muerte, y el cambio, la irrevocabilidad del pasado, y la impotencia del hombre frente a la rapidez ciega con que el universo va de vanidad en vanidad—sentir estas cosas y conocerlas es conquistarlas.

Por eso es que el Pasado ejerce un poder tan mágico. La belleza de sus parajes inmóviles y silenciosos es como la pureza encantada de los días de fines de otoño en Inglaterra, cuando las hojas, aunque un aliento bastara para hacerlas caer, aún brillan contra el cielo, cubiertas de áurea gloria, colgadas de sus ramas. El Pasado no cambia ni lucha; como Duncan, en *Macbeth*, duerme bien una vez que ha acabado la inquieta fiebre de la vida; cuanto fué ávido y arrebatador, cuanto fué mezquino y transitorio se ha desvanecido, y las cosas que fueron bellas y eternas brillan como estrellas en medio de la noche. Su belleza, para un alma indigna de ella, es insoportable; pero para el alma que ha conquistado a la Fatalidad, esa belleza es la llave de la religión.

La vida del hombre, vista por de fuera, es cosa insignificante en comparación con las fuerzas de la Naturaleza. El esclavo está obligado sin remedio a adorar el Tiempo y la Fatalidad y la Muerte, porque son más grandes que cuanto halla dentro de sí mismo, y porque todos sus pensamientos son de cosas que esas divinidades devoran. Pero, grandes aunque sean, pensar en ellas con grandeza, y sentir su espléndida carencia de pasión, es aún más grande cosa. Esos pensamientos nos hacen hombres libres: Ya no nos doblegamos más en sumisión oriental frente a lo inevitable, sino que lo absorbemos, lo hacemos parte de nosotros mismos. Abandonar toda lucha por el logro de la felicidad personal, expulsar de nosotros toda avidez de deseo temporal, arder en pasión por las cosas eternas, tal es la emancipación, tal es la Religión del hombre libre. Y esta liberación se consigue mediante la contemplación de la Fatalidad; porque la Fatalidad, ella misma, se doma ante la mente que no deja nada de sí que haya de purgar el purificador fuego del Tiempo.

Unido con sus semejantes por el más fuerte de todos los lazos, el lazo de un destino común, el hombre libre halla que no le abandona nunca una nueva visión, la que derrama, sobre toda tarea cotidiana, la luz del amor. La vida del Hombre es una larga marcha a través de

la noche; rodéanlo invisibles enemigos, atormentándolo el casancio y el dolor, y va hacia un destino que pocos esperan alcanzar, y donde nadie puede quedarse largo tiempo. Uno a uno nuestros camaradas de esta marcha se desvanecen ante nuestros ojos, arrebatados por órdenes silenciosas de la omnipotente Muerte. Qué espacio de tiempo tan corto para poder ayudarles, para decidir su felicidad o su miseria. Derramemos, pues, luz en su sendero; aliviemos sus pesares con el bálsamo de la simpatía; démosles el júbilo purísimo de un cariño incansable, para infiltrarles fuerzas a su valor cuando decaiga, y a su fe en las horas de su desesperanza. No pesemos en avaras balanzas sus méritos y deméritos; pensemos sólo en su necesidad, en las tristezas, en las dificultades, en las cegueras quizás, que hacen la miseria de sus vidas. Recordemos que son compartidores de nuestros sufrimientos en la misma oscuridad que nosotros, actores en la misma tragedia. Y así, cuando su día haya llegado a término, cuando cuanto fué bueno o malo en ellos se haya eternizado en virtud de la inmortalidad de lo pretérito, séanos dado sentir que si sufrieron, que si fracasaron, no fué causa de ello nada que hayamos hecho, sino más bien, que, siempre que en sus corazones se encendió una chispa del divino fuego, estuvimos listos con nuestro aliento, con nuestra simpatía, con hermosas palabras en las que ardía el valor.

Breve e impotente es la vida del Hombre. Sobre él y toda su progenie el lento y seguro destino cae inmisericorde y negro. Ciego al bien y al mal, sin importarle qué destruye, la materia omnipotente sigue, rodando, su despiadada vía. Al Hombre, condenado hoy a perder a la más amada, y a pasar mañana él mismo bajo los umbrales de la oscuridad, le queda sólo darse en cariño, antes de que el golpe caiga, a los altos pensamientos que ennoblecen la poquedad de su día; y así, desdeña los cobardes terrores del esclavo de la Fatalidad para adorar sólo en el santuario que ha edificado con sus propias manos; y sin desmayos frente al imperio de la casualidad, mantiene su mente libre de la voluntariosa tiranía que rige su vida externa: Retador orgulloso de las irresistibles fuerzas que toleran, un instante, su conocimiento y su condena, sostiene solo, sobre sus hombros, Atlas cansado pero no vencido, el mundo que, a pesar de la fuerza de paso aplastador, sus propios ideales han forjado.

Bertrand Russell

QUIEN HABLA DE LA

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga experiencia la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

CERVEZAS ESTRELLA, LAGER, SELECTA, DOBLE, PILSENER Y SENCILLA.	FABRICA: REFRESCOS KOLA, ZARZA, LIMONADA, NARANJADA, GINGER-ALE, CREMA, GRANADINA, KOLA, CHAN, FRESA, DURAZNO Y PERA.	SIROPES GOMA, LIMÓN, NARANJA, DURAZNO, MENTA, FRAMBUESA, ETC.
---	--	--

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA

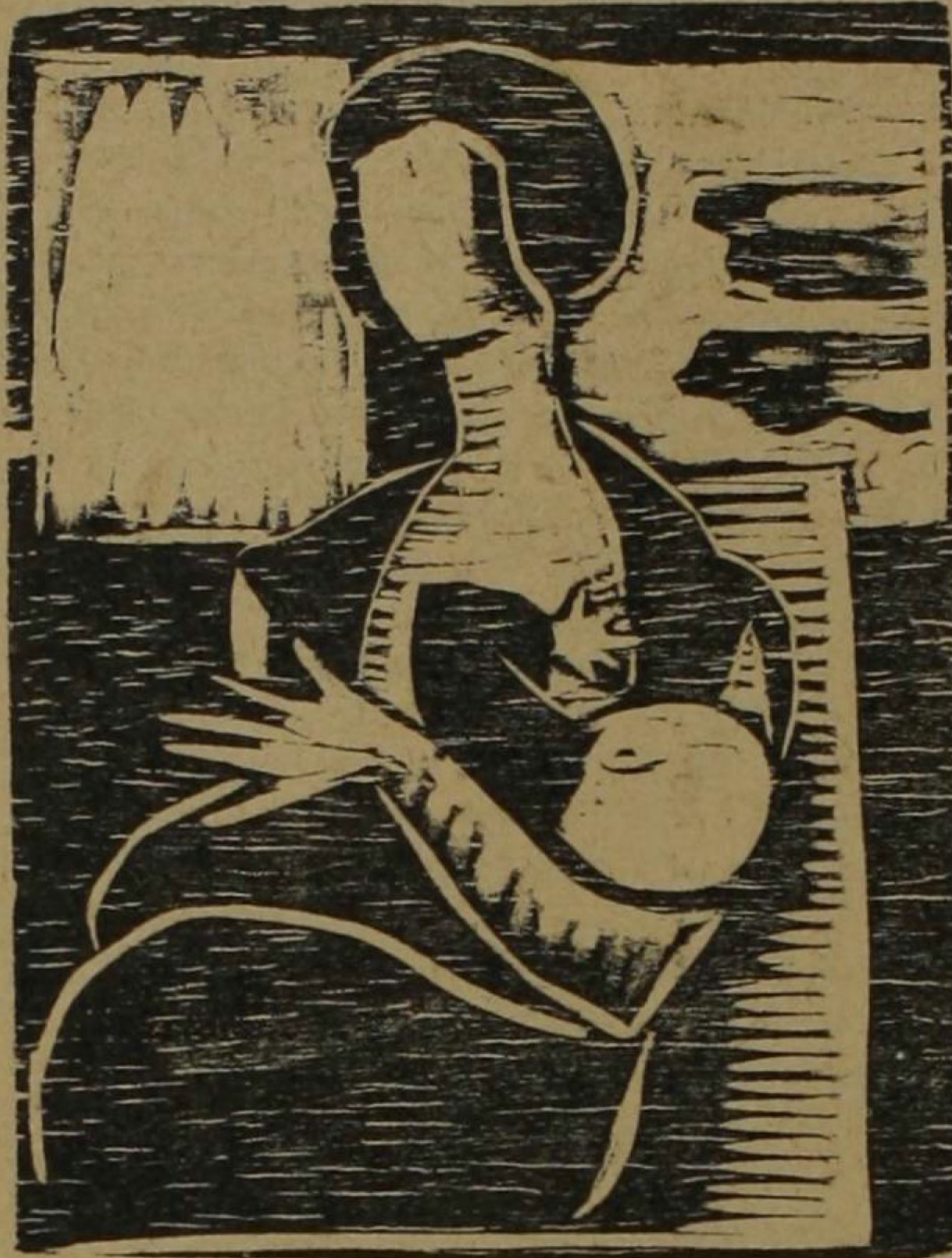
SAN JOSÉ — COSTA RICA

Dos romances

= Envío del autor =

Romance del primer dolor del padre

Niño nuevo, niño nuevo,
a nadie se parecía.
Como el viento en los trigales
le llegaba y se le iba,
en los labios entreabiertos
(¿ por qué viento?), la sonrisa.
No. Más vaga. Como sombra
de pájaro se veía,
en el césped de su boca,
tierna, fugaz, imprecisa.
Más más suave. Como el eco
de una dulce melodía
que en un sueño del oído
nos pareciera ser vista.
De pronto, la insospechable
novedad, en fugitiva
mueca amarga, se desbizo.
¡Mira, esposa, pero mira
cómo hace igual que su abuelo!—
Y sentí, honda, la herida
de ver, en la carne nueva,
revivir la carne antigua:
En el apenas nacido
ajada y dura la vida.



Madera de Amighetti.

Y lo quise con dolor
que me duele todavía.

Salomón de la Selva

Romance que dice "Más que jamás hermosos"

Más que jamás hermosos
se le pusieron los pechos
cuando estaba por ser madre,
con los pezones, morenos,
más que jamás palpitantes
bajo lluvias de mis besos.
Los rosales de sus venas
sin rosas, como en enero
los del jardín, dibujaban
un jeroglífico nuevo:
El amor lo adivinaba.
Ella se tapaba el pecho
casta, pudorosa, tímida:
Yo le adivinaba el miedo:
—¡No los mires —con los ojos
me decía— que están feos!
Yo nunca había mirado
nada que fuese tan bello
como en sus pechos, entonces,
los dos pezones, morenos.
No había nacido el niño,
y ya olían a su aliento.

San José. Costa Rica. Octubre de 1930.

niños en las ediciones originales; otros recordarán los elogios que de él ha hecho en algunas de sus *Glosas* Eugenio d'Ors; éstos creo que se alegrarán conmigo de ver aparecer, en la revista que es como mesa de comunión de todos, al insigne pensador inglés. He aquí, pues, que me place imaginarnos reunidos en fiesta intelectual: ¡Qué alegría y qué justo orgullo el mío por tocarme hacer la presentación del nuevo amigo de todos! Asistí a un curso suyo dado hace unos diez años en la Universidad de Columbia. Después, hace once meses, estaba yo detenido en la estación de inmigración de San Francisco de California cuando el maestro llegó a esa ciudad a dictar una conferencia: Hasta entonces no me había sido intolerable mi encarcelamiento. Una vez libre para entrar en los Estados Unidos, después de haber sido expulsado de mi propia patria por marinos norteamericanos por expresar mi desacuerdo con la política norteamericana en Nicaragua, me tocó pasar por Nueva Orleans. Allí, por felicidad mía, hallé a Russell hospedado en el mismo hotel, el St. Charles, adonde fui a buscar alojamiento. Quiso él encontrar grata mi compañía, para huir de la moscona insistencia de los reporteros; y es así cómo puedo decir que es amigo personal mío, porque me honró con sus atenciones y me dió sabios consejos y hasta escuchó con aparente interés las muchas cosas que tenía que decirle. Puedo decir más: Que algo aprendió de mí, algo que hará sonreír a los chicos de nuestras escuelas: Que ni Yucatán está en Nicaragua ni Nicaragua en Yucatán, dato de escasa importancia, no cabe duda, pero que él ignoraba. Así son los sabios; así los ha hecho Dios para que los que somos ignorantes rematados tengamos no obstante algo que enseñarles y el júbilo de oírles hacer-

Carta alusiva...

(Viene de la primera página.)

nos preguntas y preguntas a las que podemos responder con aplomo y aún con cierto aire de autoridad. ¡Con qué candor los verdaderos sabios nos exhiben sus ignorancias! ¡Con qué solicitud nos ruegan que los ilustremos! Es como si llegáramos a un gran palacio de muchas salas riquísimas; pero en el que hubiera algunos cuartos vacíos de adorno y el Príncipe nos suplicara que enriqueciéramos su gran mansión: ¡Con qué orgullo se pondría uno a la obra! Así me pasaba también con ese otro sabio a quien he conocido más íntimamente que a Russell, Pedro Henríquez Ureña. Pedro me hacía creer que yo le enseñaba algo cuando en realidad, como el Príncipe de mi cuento, se valía de ese ardid para hacerme estar como en morada propia en el palacio de inagotables tesoros de su sabiduría. Con qué naturalidad, cuando se conoce a los dos hombres, al pensar en Bertrand Russell se piensa en Pedro Henríquez Ureña. Tentado estoy a decir que nos han enseñado mal la geografía. O mejor, que hay una geografía que apenas se nos enseña. ¿Bertrand Russell inglés, Pedro Henríquez Ureña, dominicano? Puede ser, puede ser. Pero tengo el convencimiento de que tienen, en el mundo del ideal, patria común; del mismo modo como el señor Ortega y Gasset, de quien tanto oímos hablar recientemente, me da la impresión, y creo que él también la tiene y que se enorgullece de ello, de ser un extranjero para los hispanoamericanos y aún para los españoles; un alemán de la preguerra que necesariamente se creará con derecho para rajarnos la mano a ferulazos para meternos *kultur* y hacernos disciplinados. ¡Ni modo que a Ortega y Gas-

sett le podamos enseñar nada nosotros los ignorantes! Conoce perfectamente sus mapas hechos en Leipzig y en Munich, o donde los hagan, y sabe a las mil maravillas exactamente dónde está Yucatán y dónde Nicaragua!

Bertrand Russell tendrá unos sesenta años de edad. Perteneció a una de las más encoquetadas familias de toda Europa. Abuelo suyo fue aquel gran Earl Russell (earl creo que es algo entre príncipe y duque o entre duque y marqués; algo así) Primer Ministro de la Reina Victoria no sé cuánto tiempo ni cuántas veces. De famoso linaje, en todo caso. Henry Adams, en su autobiografía, *The Education of Henry Adams*, conoció al abuelo de Bertrand Russell. El gran norteamericano estaba de secretario de su padre y su padre, de Ministro de los Estados Unidos en la corte de St. James. Lincoln era Presidente de la Gran República. Los Estados del Sur y los del Norte estaban en pelea feroz. El abuelo de Bertrand Russell como que se inclinaba a los esclavistas separatistas. Le dió al padre de Henry Adams muchos dolores de cabeza. «Jamás supe de hombre tan mentiroso», dice Henry Adams, no en esas palabras pero en palabras que eso significan (no tengo a mano el libro para hacer la cita exacta), «como Russell.» Lo malo, felizmente, no se hereda. Mr. Henry L. Stimson, actual Secretario de Estado norteamericano, de quien puedo decir lo que Henry Adams del Earl Russell, no debe temer por su progenie. No sería caso insólito que un nieto suyo saliera todo un paladín de la verdad. Bertrand Russell, a pesar de su abuelo, es un amante elocuente de la verdad, y su primera enseñanza y su última es que amemos esa virtud.

Estudió en la Universidad de Cambridge, y se quedó allí enseñando matemáticas; después

enseñó lógica. Las matemáticas y la lógica son, bien entendidas estas disciplinas, la misma cosa. Esa es su segunda enseñanza. Él es de los matemáticos que con Weierstrass, con Dedekind, con Cantor, con Peano, con Frege, con Poincaré y con Einstein, integran el gran grupo cuyos triunfos, si hemos de creer lo que Havelock Ellis nos dice a este respecto, constituyen el más alto timbre de orgullo de la civilización occidental en nuestra época. Y eso teniendo en cuenta la telegrafía inalámbrica, el aeroplano, lo que se quiera. Como que estas maravillas las hicieron posibles esos hombres que viven en espiritual comercio con los números. Enseñando estaba Bertrand Russell, enseñando y estudiando, cuando la infame guerra de 1914 lo hizo estremecerse de horror en su elevada cátedra. Y bajó de la cátedra y dijo que esa guerra y que todas las guerras eran malas. Que se traicionaba la dignidad humana. Que esa traición debía cesar. Y ésa es su tercera enseñanza. Le costó caro. La Universidad de Cambridge, con ceguera patriotería que posteriormente ha rectificado, lo expulsó de su seno. Bertrand Russell salió a ver pueblos. Estuvo en los Estados Unidos. Estuvo en China. Hasta que Cambridge recobró la cordura y lo llamó de nuevo a su seno sapiente y paternal y ya purgado de patrioterías. Pero ahora Bertrand Russell baja con frecuencia de su cátedra y viaja haciendo largos recorridos. En el otoño y primera parte del invierno del año pasado estuvo de nuevo en los Estados Unidos, predicando su tercera enseñanza: La paz, la buena voluntad, el amor al ideal, el mutuo cariño que se deben los humanos los unos a los otros. Si se le invitara a venir a Costa Rica, creo que vendría. No digo una invitación tramitada en Congresos y Ministerios, no, sino que una sincera invitación de parte, digamos, de quienes entre nosotros se dedican a enseñar y a aprender. Costa Rica le encantaría. Ya sabemos todos los defectos del país. Él nos ayudaría a creer más en sus virtudes. Tal vez el Teatro Nacional no le guste. Tal vez se asuste cada vez que vea esas estatuas que están dando saltos peligrosos y que de repente los dan de veras y se rompen la crisma y las canillas. Pero el Teatro ocupa sólo una manzana, y hay tantas manzanas en San José, en Costa Rica toda, cada una como para dársele de premio a la sagaz Afrodita o a la Atalanta de los pies alados. Costa Rica es buena para el alma; y no hay que dejar que nada nos amargue el hígado... Bertrand Russell ha escrito muchos libros; bueno, cosa de doce volúmenes. Los maestros de matemáticas querrán conocer su obra monumental de *Principia Mathematica*; los estudiantes, su *A. B. C. of Relativity*. Dicen por ahí que sólo unos diez individuos en todo el mundo pueden entender a Einstein. Por supuesto que no es cierto. Propalan esa especie los perezosos que quieren escudarse en algo para no tratar de entender a Einstein. Pero si fuera cierto, sería porque no hay más de unos diez individuos que quieran entender al gran físico judío. El libro de Bertrand Russell es para los que desean iniciarse en esos altos estudios. Todos los que se preocupan con los adelantos del pensamiento humano querrán conocer su *Philosophy*, libro que Henry Seidel Canby llama «croquis del pensamiento científico... introducción al propio corazón del pensamiento moderno»; su *Our Knowledge of the External World*; sus *Sceptical Essays*, y *Marriage and Morals*, el último libro que ha publicado, y *Mysticism and*

Logic. Tiene otros libros. Del último que he mencionado he tomado el ensayo que le envío. Fue publicado este ensayo por primera vez en el *Independent Review*, de Londres, en diciembre de 1903. En *Mysticism and Logic* aparece como el tercer capítulo. En el prefacio de este libro, publicado en 1929, dice de *A Free Man's Worship* y del capítulo que le sigue, sobre *The Study of Mathematics*, que «se basan en una metafísica mas platónica que en la que ahora creo. Ya no considero el bien y el mal como entidades objetivas enteramente independientes de los deseos humanos, ni puedo hallar un refugio emocional en el reino de la esencia con la misma seguridad intelectual que en un tiempo sentí. Fue Santayana quien primero me llevó a dejar de creer en la objetividad del bien y del mal, con su crítica, en su libro *Winds of Doctrine*, acerca de mis ideas de entonces; pero gradualmente se me ha ido forzando a una posición más allá de la que él mantiene, puesto que para él, pero no para mí, el reino de la esencia es eterno e independiente de la existencia.» Y añade: «Quizás el cambió en mi punto de vista se debe al hecho de que el tránsito de los años lo deja a uno más casado con la realidad —the actual— que cuando uno es joven... Creo que la Guerra me hizo sentir que no habría objeto en el reino de la esencia si no hubiera nadie de quien preocuparnos... Pragmáticamente, sin embargo, aún veo cierto valor en el estado de ánimo expresado en *A Free Man's Worship*, puesto que tiene el propósito de ser de utilidad en épocas de gran zozobra y de reforzar una deseable especie de obstinación con que enfrentarnos a los obstáculos.»

Este ensayo de Russell pasa por ser de las más bellas páginas escritas en inglés en los últimos cincuenta años. No sé si lo habré traducido de manera que su belleza literaria sea aparente. Es una prosa la de Russell tan apretada, tan concatenada, con una secuencia

tan estrecha, que bien se ve al maestro de lógica en el encadenamiento preciso de sus ideas y en la manera cómo todos sus conceptos se entrelazan derivándose unos de otros. Al releer mi versión la hallo tolerable. Me pasa lo que a aquel Creech traductor de Horacio y de Teócrito de quien nos cuenta Sir Gilbert Murray que su Horacio y su Teócrito traducidos podían parecerle a todo el mundo malos versos y sin un ápice de la virtud de los originales. «Pero para Creech, qué diferente sensación! No se daba cuenta de la pobreza de los versos. No sentía el velo del Creech entrometido. Para él, su Teócrito no era Creech sino que Teócrito purísimo, y si no tanto, algo por lo menos empapado en la magia de Teócrito. No hay duda de que temblaba de emoción al leer hasta los más calvos de sus versos. Pero era el original lo que le causaba la emoción. El original lo tenía siempre delante de sí en una especie de símbolo, y hasta quizás realzada su belleza por la idealización y el cariño que naturalmente nacen de un servicio largo y amoroso prestado por una mente humana a otra.» Ojalá que mi traducción, si no es ideal, no sea tan mala que afee sin remedio la hermosura austera— nada de bonitura barata o fácil— de la prosa original; y me sentiría feliz si supiera que ha servido para que los lectores de *Repertorio Americano* que no conocían a Russell le tomen afición, y que los que ya le conocían aprueban esto que hago. Quizás alguno de estos últimos nos diga con certeza si lo que parece cita, el discurso sobre la creación que Mafistófoles le endilga al Dr. Fausto, al principio del ensayo, es cita de veras o artificio del propio Russell. Usted buscó diligentemente en su *Fausto* de Goethe y no halló allí ese discurso. ¿De qué *Fausto* será? Tal vez del que todos llevamos dentro. Mafistófoles nos dice tantas cosas...

Lo abraza su amigo,

Salomón de la Selva

San José de Costa Rica,
a 23 de octubre de 1930.

Simón Bolívar

Por

Carlos Pellicer

=Del tomo II de *Lecturas clásicas para niños*. Secretaría de Educación. México=

2.—Véase la entrega anterior.

Desde que regresó a Caracas hasta mediados de 1810, se dedicó al engrandecimiento y cuidado de su Hacienda de San Mateo y a estudiar y cultivar su poderosa inteligencia con la lectura de los libros clásicos, que más tarde había de servirle para iluminar su criterio político y para embellecer su estilo de escritor admirable. Bella juventud la de este hombre, iniciada intensamente en el matrimonio que la muerte dividió y continuada en medio de grandes riquezas y placeres, viajes artísticos y amistades ilustres y envuelta siempre en el fuerte manto de la pasión divina por la libertad.

En Caracas como en la mayor parte de las ciudades grandes de *Nuestra América*, habían estallado y fracasado casi todas las conspiraciones y movimientos en favor de la independencia, antes de 1810. A Venezuela, por ejemplo, había llegado en 1806 el general Francisco de

Miranda con una expedición compuesta casi toda de elementos extranjeros, organizada en favor de la libertad. El general Miranda, venezolano y soldado glorioso y famosísimo en Europa y E. E. U. U. tuvo un gran pesar al ver que los venezolanos, en su mayoría, no hicieron caso de su expedición ni de sus esfuerzos generosos. Miranda disolvió su pequeño ejército y regresó a Europa.

El 19 de abril de 1810, cuatro años después de la intentona del General Miranda, estalló en Caracas una conspiración que iniciaba la independencia de Venezuela respecto de España. Bolívar era uno de los jefes de la conspiración. Depuesto el capitán general Emparán, se dió principio a la nueva organización de Venezuela. Se pensó inmediatamente en buscar el apoyo de Inglaterra y se nombró una comisión especial, la que, en calidad de Plenipotenciario, presidió Simón Bolívar a

quien acompañaban el señor López Méndez y don Andrés Bello, que como se recordará había sido maestro de Bolívar y era ya un escritor y un sabio ilustre. En Londres fueron atendidos con la mayor gentileza por el Gobierno Británico que no pudo prestar toda la ayuda que se deseaba por estar unido a España por un tratado de alianza. Bolívar buscó en Londres al general Miranda y lo llevó a Venezuela a su regreso para que organizara los ejércitos de la libertad. Durante los años de 1811 y principios de 1812 se agitó la juventud caraqueña en la política nueva que dirigían en la *Sociedad Patriótica*, Bolívar y Miranda. El 5 de julio de 1811 los venezolanos se declararon independientes para siempre del Gobierno Español. A principios de 1812 un espantoso terremoto hizo pedazos la ciudad de Caracas y la mayor parte de las ciudades venezolanas. Un sacerdote católico gritaba sobre las ruinas de un templo, que aquello era castigo del cielo por querer independizar a Venezuela de España. Bolívar pasaba por ahí y al oír los disparates del clérigo, se dirigió enfurecido, a la multitud y después de hablar en favor de la independencia terminó diciendo estas palabras soberbias: «Si la naturaleza se opone, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca».

Nombrado Miranda generalísimo de las tropas venezolanas fué enviado Bolívar en comisión al Castillo de Puerto Cabello. Sublevada la tropa, traicionado el jefe, después de sostener durante tres días con cuarenta hombres la defensa de su puesto, Bolívar abandonó el Puerto y se dirigió al general Miranda comunicándole el desastre y doliéndose tanto de aquello, a tal punto, que le decía que en sus manos se había perdido la patria. Los españoles organizados y dirigidos por Monteverde habían iniciado operaciones con bastante fortuna. Miranda, acostumbrado en Europa a mandar ejércitos disciplinados, comenzó a impacientarse y aun hasta perder la fe en el triunfo, a la vista de aquellas tropas mal armadas y peor disciplinadas que no podían satisfacer las exigencias militares de un general acostumbrado a mandar ejércitos notables. Los españoles avanzaban y en su avance cometían toda clase de atropellos. Miranda creyó conveniente buscar un arreglo con Monteverde sobre las bases de toda garantía, en las personas y bienes de todos aquellos que hubiesen colaborado con él en la campaña contra el Gobierno Español. Fué un error. El gran venezolano lo cometió de buena fé, sinceramente. Miranda creyó que con ese arreglo salvaría a la sociedad venezolana de los actos de barbarie del jefe español. Si el error de Miranda fué grande, las consecuencias fueron espantosas. Monteverde firmó la capitulación para cometer, pocos días después, una traición malvada: ordenó el arresto de muchas personas que más tarde fueron asesinadas y la confiscación de los bienes de todos aquellos que habían tenido relación con el movimiento insurgente. Miranda pidió pasaporte para regresar a Europa y fué traicionado en el Puerto de la Guayra, encarcelado en los calabozos de Puerto Cabello y enviado después a España cargado de cadenas. Murió en una prisión de Cádiz, viejo, lleno de gloria y de dolor. Así acabó el general Francisco de Miranda, uno de los hombres más grandes que han nacido en *Nuestra América*, y llamado con justicia *el más ilustre precursor de la libertad Ibero-Americana*. Francia y los Estados Unidos le deben gratitud y gloria.

Bolívar salió de Caracas ayudado por un español amigo suyo, quien logró a fuerza de súplicas que el jefe español, el traidor Monteverde, lo dejase salir libremente del país. Llegó a Curazao, frente a Venezuela, y de ahí salió para Cartagena de Indias, en la costa colombiana del Atlántico, en donde escribió y publicó un manifiesto lleno de tristeza y heroísmo. Pidió a las autoridades, que también habían iniciado un movimiento independiente, que fuera admitido para servir en el ejército colombiano en favor de la libertad. Se le confió al punto la misión militar para recuperar el Río Magdalena, principal vía de comunicación de aquel país. Con una rapidez extraordinaria, cumplió Bolívar su misión derrotando siempre a los españoles. Después de estos triunfos, rogó a las autoridades colombianas que le permitieran ir a libertar a Venezuela. Consiguió permiso y tropa. Bolívar inició su campaña sobre Venezuela, y después de una serie de victorias, vertiginosamente, entró triunfador a Caracas que lo aclamó desde ese día como su *libertador y padre*. Dos cosas recordaremos de esta célebre campaña militar de Bolívar al que ya desde este momento nombraremos con el título glorioso de *Libertador*. Al iniciar su campaña para recuperar a Venezuela, firmó en la Ciudad de Trujillo un decreto terrible en el cual declaraba la guerra a muerte a todos los españoles sin distinción de edad ni sexo. Aquello no era más que una respuesta tan bárbara y brutal como lo merecía la conducta de los españoles con los venezolanos después de la traición infame de Monteverde. Ese documento es un grito de desesperación. Aquel apóstol de la libertad se vio obligado a poner en juego todos los medios, aun los más crueles, para cumplir su misión divina de *Libertador* de pueblos. Cuando Bolívar avanzaba sobre Caracas, en uno de los combates sufrió la pérdida de uno de sus tenientes más distinguidos: Anastasio Girardot. Era casi un muchacho y pertenecía a una de las mejores familias de Colombia; era muy valeroso y honrado. Murió heroicamente, y su corazón, encerrado en una urna, fué llevado triunfalmente a Caracas por el Ejército *Libertador* que custodiaba aquella prenda, aquel símbolo de heroísmo entre iluminadas procesiones nocturnas que aumentaban el fervor patriótico de los soldados. Monteverde y sus tenientes se reorganizaron con rapidez, y Bolívar, con menos fuerzas que el jefe español, tuvo que salir de Caracas. La fortuna principiaba a abandonarlo. La mayor parte de los habitantes de Caracas salió con el *Libertador* y sus tropas. Todos temían las venganzas de Monteverde. Casi toda aquella gente murió en los caminos, de hambre, de fatiga y de dolor. Era un desfile espantoso, que contrastaba con aquel otro que había traído triunfalmente desde la ciudad de Valencia hasta Caracas, el

corazón de Girardot. Bolívar empezó a ser derrotado muchas veces. Se vio obligado a abandonar a Venezuela y a regresar a Colombia, que entonces se llamaba Nueva Granada, a dar cuenta a su Superioridad de los triunfos y de los desastres. Oscuros rivales le hicieron salir de Colombia en donde se embarcó rumbo a la isla de Jamaica, posesión inglesa, en la que pasó algunos meses. Estaba entonces tan extenuado y flaco, que uno de los jefes ingleses de la isla, dijo, después de conocerlo y conversar con él: «La llama ha consumido el aceite». Y así era verdad. De aquel hombre que estaba en toda la fuerza de su juventud, casi no quedaba más que sus ojos. Aquellos grandes ojos oscuros acostumbrados a contemplar la hermosura del mar, de la tierra y del cielo. Aquellos grandes ojos oscuros que se iluminaban con violencia así en la cólera como en la alegría, y que sabían mirar en el horizonte histórico de *nuestra América*, el porvenir de nuestros pueblos, con precisión maravillosa. Desde Jamaica escribió Bolívar para los periódicos de Londres, largas noticias sobre las cosas de *nuestra América*. Escribió entre otras una carta célebre en la que, después de estudiar y analizar las condiciones de entonces de nuestros pueblos, profetizaba de un modo asombroso, el porvenir político de estas tierras que aún pertenecían a España. En esa carta habló de México y de todos los países hermanos. Era en 1815, el año de la meditación, de la reflexión y de las profecías de Bolívar. Anunció para nosotros el imperio de Iturbide y los desastres políticos que llenan nuestro siglo XIX. Una noche estuvieron a punto de matarlo. Un negrito pagado por los españoles, dió de puñaladas a un amigo de Bolívar que estaba acostado en la hamaca en la que acostumbraba dormir el *Libertador*, creyendo que era éste el que estaba adentro.

De Jamaica pasó el *Libertador* a la pequeña República de Haití en la isla de Santo Domingo. Un hombre generoso y de notable inteligencia era el jefe del Gobierno: Petión. Bolívar se acercó a él y le pidió ayuda para libertar a Venezuela. Petión le concedió todo: dinero, hombres, armas y municiones. La expedición libertadora dirigida por Bolívar, desembarcó en la costa de Venezuela y después de algunos fracasos, el *Libertador* regresó a Haití en donde proyectó una nueva expedición. Guerrilleros venezolanos, valerosos y decididos, llaman al *Libertador*. Bolívar regresa y se dirige a las llanuras fertilizadas por el gran río Orinoco y sus afluentes. Un día de 1817, Bolívar y su gente fueron sorprendidos y derrotados por los españoles en uno de los caños del Orinoco, llamado de Casacoima. Apenas pudo salvar su vida metido entre el agua y dejando solamente la cabeza afuera cubriéndose un poco con plantas acuáticas. Con Bolívar se salvaron algunos de sus mejores tenientes de entonces. Después de algunas horas de zozobra y cuando comprendieron que el enemigo se había alejado, salieron de sus escondites y alcanzaron a mirar la luz de una casita en la que después de comer algo, salieron al plan de la casa y se pusieron a conversar. Entre dos árboles se colgó una hamaca que ocupó el *Libertador*. La luna llena iluminaba el campo de aquella hermosa noche. Aquellos hombres seguían dando vuelta al tema obligado de la conversación, que era naturalmente la sorpresa y derrota de aquel día. Tan cerca había estado el enemigo que ellos desde sus escondites oyeron nombrar a Bolívar y exclamaciones violentas contra él. De pronto hubo un silencio

DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos,
oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

10 a 12 de la mañana
y de 2 a 5 de la tarde

Contiguo al Teatro Variedades

en la conversación y el *Libertador* lleno de fe en su destino, habló más o menos así: dentro de poco tiempo libertaremos a Venezuela; pasaremos después a Nueva Granada y llegaremos hasta Quito libertando pueblos y ciudades. Pero nuestras armas no se detendrán allí y seguiremos hasta el Perú, a la tierra de los Incas, para subir más tarde a el Potosí, la gran montaña de plata en cuya cumbre plantaremos la bandera de la *Libertad*. Parecía un loco. Aquel hombre derrotado y casi solo hacía programas gigantescos de *Libertad* y de gloria. El Capitán Martel, uno de sus ayudantes, se dirigió a otro y le dijo: Ahora si estamos completamente perdidos, porque el *Libertador* se ha vuelto loco. Y así era la verdad, porque en medio de aquella situación tan pe-

nosa y difícil, parecía cosa de loco hacer tantos proyectos de libertad, cuando hasta entonces, con excepción de la campaña gloriosa de 1813, todo para *Bolívar* había salido mal. Pero era un genio, uno de esos hombres que sólo de muy de cuando en cuando nacen y que parecen iluminados por la Providencia para llevar a cabo las empresas más difíciles, a pesar de todos los peligros y todas las dificultades. Y aquello que el *Libertador* anunció en aquella hermosa noche, entre el espanto y la desconfianza de sus compañeros, todo se cumplió con aquella precisión maravillosa con que se realizaron todas las cosas que él se propuso, porque lo que pensaba era siempre grande, bueno y sublime.

(Seguirá en la próxima entrega)

Estampas

De los mercenarios y el daño que le hacen a la patria

= Colaboración directa =

Aunque la advertencia bíblica diga que todo tiene su tiempo, el exterminio no llega nunca para los que pudren la independencia de una patria. No hay sazón para esta cosa saludable que es la fulminación de los descastados. Desaparece uno y nacen diez a aprovecharse de los sistemas de entrega, a inventar otros de mayor satanismo. Se les ve casi muertos, hediondos, repulsivos, y como conocen que los pueblos viven faltos de memoria, aprovechan esta circunstancia funesta para agazaparse. Durante un tiempo nadie los oye ni sabe de sus vidas que parecen extinguirse resignadamente. Es una tregua nada más. Dejan que la memoria de los pueblos se aleargue. Acaban de ser villanos, de ser desfalcadores, de ser traidores, y sin poder para hacer de esas desvergüenzas públicas una fuerza que los imponga, se retiran a la penumbra, se adentran más en la tiniebla en que viven. De ella salen cuando ya nadie parece acordarse de los males que hicieron. Y vuelven, como las serpientes de laboratorio, con la ponzoña concrecionada. No le dieron salida al veneno. Ahora podrán echarlo todo contra el país que quiso repudiarlos.

No hay casta peor para la independencia de una patria que ésta de los descastados. El extranjero conquistador que quiere dominarnos, porque ve en nosotros legiones de vasallos, se aprovecha de ellos, de su veneno, en su empeño por triunfar. De pronto hay que arrancarle a un país algunos de sus recursos económicos, pero arrancárselos con las mayores artimañas, sin escrúpulos, cínicamente, y el descastado que desfalcó o que quiso echarnos la cólera de la marinería sofocadora, levanta de primero su mano mercenaria. El extranjero que sojuzga pueblos organiza en ellos todos esos elementos siniestros. Los alquila, porque sabe que tiene en ellos la mitad de la conquista. No desconoce su historia y si es una institución económica la que quiere imponer, absorbiendo las que dan cierta holgura y decoro a un país, el mercenario le dará los secretos para despertar la credulidad pública. También él acudió a esa credulidad y asentó so-

bre su confianza la monstruosidad de un desfalco. Ahora nadie hace memoria del suceso y puede así hablar de las inmensas ventajas de confiar en una mente organizadora, de números, de negocios, la administración de los dineros y del crédito de un país. ¿Quién recordará que hace unos años él se presentó a sí mismo lleno de esos atractivos? Los pueblos no tienen memoria y la táctica embaucadora de entonces puede servir en todo momento.

El poder de afuera que conquista necesita precisamente que el descastado esté a su servicio. Ese poder no viene a darnos civilización, ni a considerarnos

dignos de una existencia libre. El descastado, que tampoco considera a su patria merecedora de independencia, concede al amo explotador todas las capacidades imaginables. El descastado defraudó la confianza, o simplemente le niega a estos pueblos derechos que no sean los que tiene, por merced ajena, la colonia. De ahí que pida cuando la paga lo impone, un soplo de confianza para la institución extranjera que pretende absorber recursos económicos. ¿Para qué quieren los nativos recursos económicos mal administrados? Dónelos al extranjero visionario que aplica la técnica a los negocios y centuplica rendimientos. El nativo no puede aspirar más que a aguardar que esa técnica lo llame y haga de él un asalariado sumiso.

Pero el descastado, para que un pueblo no se envilezca, no debe cobrar autoridad. La memoria en los pueblos es indudablemente uno de los grandes factores de su vigilancia. Despiértela todos los interesados en que la independencia no muera. Volviendo el pensamiento a la historia de los descastados, se les descubrirá siempre la misma miseria alentándoles sus ambiciones. Atraen sobre un país los males mayores. ¿Qué es para ellos un país con sus tierras y sus aguas y su aire y sus instituciones económicas, políticas, educacionales? Nada, si esas fuerzas no están gravadas al poder del extranjero que para él es fuerte y de innúmeras capacidades. Por eso aboga porque lo entreguemos todo y nos limitemos a ser tributarios, a depender de lo que el extranjero quiera hacer de nosotros.

La memoria de un pueblo lo defiende de los asaltos de tanto mercenario criollo. Si nosotros la tuviéramos e hiciéramos de ella un empleo decoroso, no iríamos viendo sucumbidos todos nuestros recursos económicos, fatalmente, para siempre. Examináramos la conducta de muchos de nuestros descastados, de muchos de nuestros «ilustres traidores» que llama el escritor de 1930. Y no los dejaríamos pasar siempre que intentaran, en su tarea mercenaria, arrancar concesiones a los congresos imprevisores. ¿No los acabamos de ver pregonando la salvación de la república en la entrega a la United Fruit Co. de casi todo nuestro territorio? ¿No los estamos viendo que piden para el capital de la organización bancaria norteamericana funesta, la entrega de un sector económico primordial?

Y se llenan de los mismos engaños, sin que su cinismo los obligue a ver que la misma desolación en que tiene sumida la Bananera la región atlántica, priva y seguirá privando. En cambio, el mal que han echado sobre las otras regiones del país que le entregaron al pulpo, es grande, tan grande que da pavor. Pero como no hay memoria, ya nadie se acuerda de cobrar a esos mercenarios el daño que a la patria han hecho. ¿Para cuando, decimos al Eclesiastés, está reservado el tiempo de exterminio definitivo de los que pudren la independencia de una patria?

Juan del Camino

Cartago y octubre del 30.

ÍNDICE

Legenda aut adquirenda



José Martí: <i>Epistolario</i>	6.00
José Santos Chocano: <i>Ayacucho y los...</i>	8.00
Andes. Canto IV de «El Hombre-Sol»...	
P. Henríquez Ureña: <i>El Libro del Idioma</i>	6.00
(Con la Guía).....	3.00
De Senancour. <i>Obernann</i> . (3 vols.).....	5.50
Flaubert. <i>Mme. Bovary</i> (3 vols.) pasta.....	6.75
Waldo Frank. <i>España Virgen</i>	4.00
Alberto Samain: <i>Cuentos</i>	1.00
Mariano Antonio Barrenechea: <i>Excelencia y miseria de la inteligencia</i>	2.25
Alfonso Reyes: <i>Cartones de Madrid</i>	4.00
E. Ziamatin: <i>De como se curó el doncel Erasmo</i>	4.00
Luis López de Mesa: <i>Iola</i>	3.75
Máximo Gorki: <i>Los Artamanoff</i> (Novela)	5.00
Antonio Machado: <i>Poesías completas</i> 1 vol. pasta.....	3.00
Mariano Ibérico Rodríguez: <i>El nuevo absoluto</i>	3.00
Roberto F. Giusti: <i>Enrique Federico Amiel</i>	2.50
J. Cadaiso: <i>Cartas marruecas</i> . 1 vol. pasta.	6.00
José Martí: <i>Poesías</i>	4.00
Roberto Gache: <i>Baile y filosofía</i>	4.00
Carlos Wyld Ospina: <i>El autócrata</i> . Ensayo político social.....	3.00
Franz Tamayo: <i>Nuevos Rubáyat</i>	4.00
Horacio Quiroga: <i>Posado amor</i> . Novela.	4.00
Las mejores poesías para la declamación	4.50
Isadora Duncan: <i>Mi vida</i>	3.00
B. Gracián: <i>Tratados</i> . 1 vl. pasta.....	4.50
Augusto Messer: <i>Filosofía y Educación</i> ...	3.50
E. Swartz: <i>Figuras del mundo antiguo</i> ...	4.00
A. Rosenberg: <i>Historia de la República Romana</i>	5.50
Emil Ludwig: <i>El Hijo del Hombre</i> . Vida de Jesús.....	3.75
T. Wilder: <i>El puente de San Luis Rey</i> . Nov.	3.75
André Gide: <i>Corydon</i>	3.75
Alejandro Kolontai: <i>La bolchevique enamorada</i>	4.00
Amado Nervo: <i>Sus mejores poemas</i>	4.00
Enrique Larreta: <i>La gloria de Don Ramiro</i>	17.00
Cartas de Bolívar. 2 tomos.....	8.00
Const. Fedin: <i>Los hermanos</i> . Novela.....	6.50
J. Ortega y Gasset: <i>La rebelión de las masas</i>	1.50
Margarita Comas: <i>El método Mackinder</i>	3.75
Luiz Astrana Marin: <i>El cortejo de Minerva</i>	15.00
J. Huizinga: <i>El Otoño de la Edad Media</i> . 2 vols.	

Dirigirse al Adr. del Rep. Am

Una lección de Bourdelle en la Grande Chaumière

= De La Cruz del Sur, Montevideo. =

Trabajábamos incómodos en el taller chicuelo de la Academia. La modelo, una negra de la Guadalupe, en un caballete giratorio, centro del círculo que formábamos los alumnos, unía en la oscuridad tropical de su piel patinada la atención unánime de la clase. Apretados, tocándonos codo con codo, parecíamos un collar humano.

Ese día, todos ansiosos, con el espíritu tenso esperábamos la aparición de Bourdelle. Así que pasaba el tiempo lentamente, nuestra impaciencia aumentaba. ¿Vendrá? ¿No vendrá? Hasta que oí tantear el pestillo de modo particular; para ser un hombre joven faltaban fuerza y decisión; había algo de temblequeo en el ruido y de desconocimiento del pestillo en la mano del que lo empuñaba. El que iba a entrar no era un concurrente asiduo del taller y los movimientos que hacía para abrir la puerta nada tenían de femeninos. ¿Sería Bourdelle quien se proponía entrar?

Inmediatamente, el corazón, como pocas veces en mi vida, empezó a golpearme la garganta y los oídos. Iba a conocer, por fin, al más grande escultor contemporáneo.

La puerta se abrió y efectivamente apareció Bourdelle. Bajo, delgado, gran sombrero aludo, traje gris con mucho de los de campaña. El, ocre grisáceo (si es posible) pelo gris, mirada bondadosa, fija.

El *macié* de la clase le tomó el sombrero y el sobretodo. El viejo, radiante de vitalidad interior, empezó a hablar en medio del recogimiento de los oyentes, y el imán de su palabra nos amontonó a su alrededor. Cabezas hacia adelante, expresión general de ávida atención, fervor arraigado de los discípulos, acento persuasivo del Maestro.

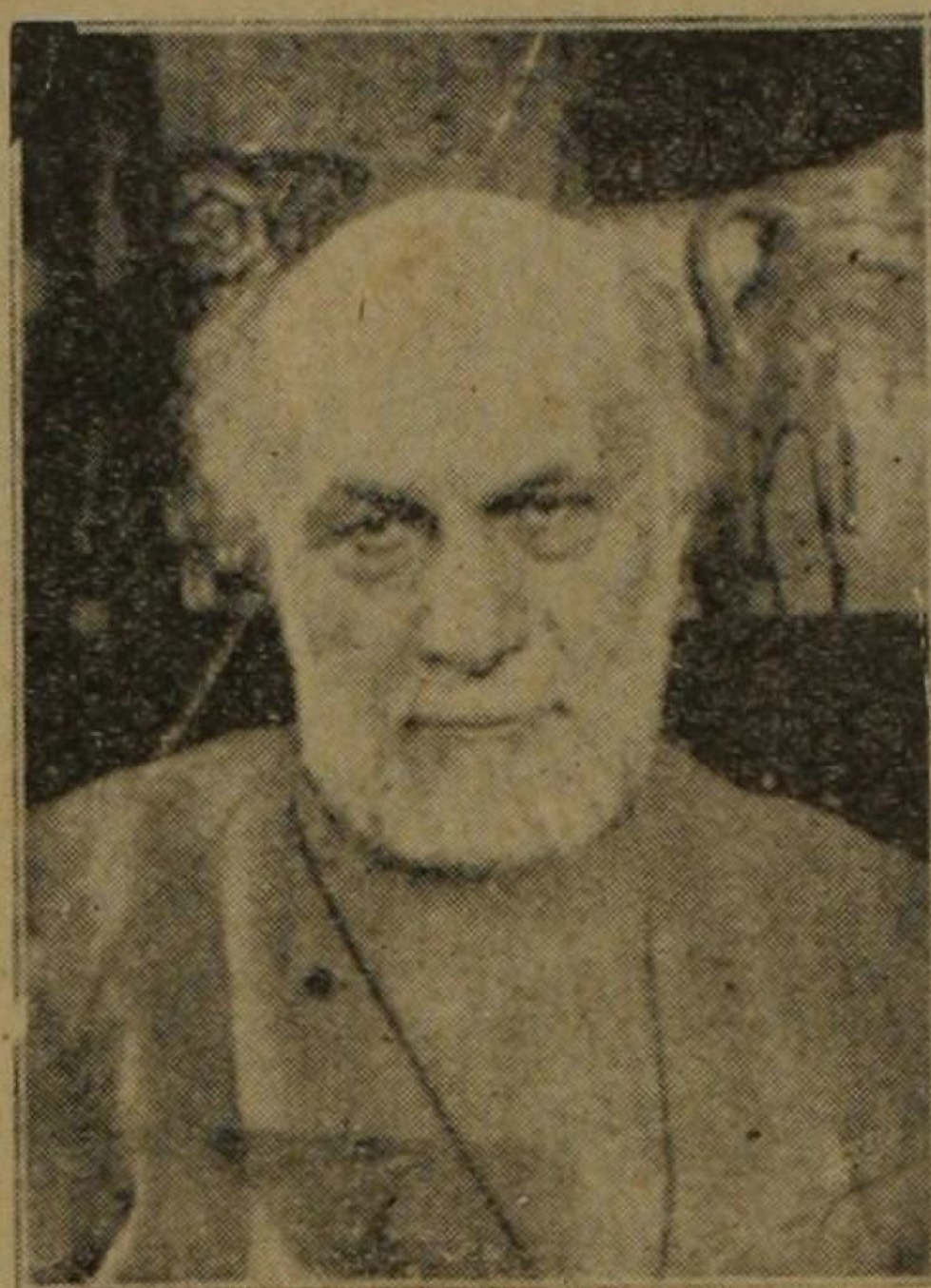
—¿Cómo trabaja Ud., señorita?

—«Miro el modelo... me fijo en los volúmenes... medito...» Y la muchacha, sintiendo sobre sí la mirada de Bourdelle, se azaró y no pudo seguir explicándose.

—Hay que mirar el modelo, pero sobre todo hay que comprenderlo. Siempre hay que medir ángulos. La escultura es arquitectura, y dentro de los grandes ángulos y direcciones, están los pequeños. Ángulo de la espalda con las piernas; de los omoplatos y la espalda... mídalos así... (Tomó unas reglas de madera, y aplicándolas sobre la modelo, formaba el ángulo de tal o cual parte, controlaba la figura en tierra).

—Mire el modelo de cerca, de lejos, decía Bourdelle con bonhomía paternal, no haga nada sin una observación profunda y gire incesantemente, y mire de arriba, de abajo, sesgado, verticalmente... así... así... Y el viejo miraba hondo y hacía observaciones sobre tal o cual particularidad o calidad.

—Hay que trabajar mucho, mucho; hay que dibujar incansablemente. Yo dibujaba todos los días durante horas y horas. Hoy siento no poderlo hacer porque tengo mucho trabajo y me falta tiempo. Además de los perfiles, miren siempre el modelo en



Antonio Bourdelle
(Dos meses antes de morir)

profundidad. Esto hay que pensarlo incesantemente. No hay que olvidarlo, pues es esencial en la escultura.

Luego Bourdelle se acercó al trabajo contiguo: *Está bien, de dónde es usted?...* ¡Ah, sí, su país es muy interesante! Su trabajo está bien puesto, bien planteado. Después de observar atentamente la labor del discípulo, haciendo girar la obra esbozada pasó a ver otros ensayos. De pronto se detuvo ante uno de los alumnos lo que dió motivo a una larga conferencia de gran valor fermental:—¿Y esto?

—Es mío, señor, contestó una mujer con aire inseguro.

—Está bien de contornos, pero bastante chato, replicó Bourdelle.

—Es que primero empiezo a fijar los grandes planos...

—No me diga tal cosa—interrumpió el maestro—esta figura tiene puesta una malla (un maillot collant), aquí falta profundidad, falta relieve.

Me acordé de ciertos escultores (?) que hablan a sus discípulos de grandes planos en medio de la confusión más lamentable.

—Sí, esta figura tiene una malla, repitió Bourdelle con firmeza. No es el modo de empezar un trabajo. Ud. tiene que marcar los grandes planos y los pequeños detalles. Así—tomó la herramienta de hierro y cortó la arcilla con tal sabiduría que pensé en Prometeo animando con el fuego divino sus figuras. ¡Y con qué rapidez!—Así, así... ¿Cómo es posible descuidar estos puntos esenciales por pequeños que sean? (Señalaba las rodillas). Hay que tener en cuenta los huecos y marcarlos nitidamente, sin miedo. Una rodilla tiene que entenderse bien, es muy compleja. Hay que pensar de continuo en los huesos que son el armazón del cuerpo. Siempre piensen en el esqueleto y además en los músculos que arrancan de esta armazón

y mueven sus palancas. Hay que pensar que ellos se agitan debajo de la piel y empujan de dentro para afuera. Esta figura tiene una malla y carece de intimidad. Hay que sentir y hacer lo íntimo y mientras no se consiga esto, la escultura será chata, superficial. Cuando Uds. esbozen un trabajo, no olviden ni una sola cosa de lo que les indico. Un director de orquesta no olvida ni un solo instrumento, vigila hasta la nota aislada de un violín o de una flauta, y con suma atención lleva todo el conjunto sin descuidar el más mínimo detalle. Los escultores debemos hacerlo mismo, es decir, saber realzar el conjunto sin descuidar los componentes de ese conjunto. Debemos vigilar y dominar todo a un tiempo y llegar así hasta concluir la estatua que es una sinfonía grandiosa. Hay que comprender.

De pronto, dirigiéndose a uno de los discípulos preguntó: ¿Qué es crear?

—Crear es (después de haber comprendido) hacer una obra que nos dé sensación de vida, aunque sea del modo menos realista, contestó el alumno interrogado.

—Está bien, pero hay que estudiar, insistir mucho, muchísimo antes de hacer la síntesis. Para llegar a ésta debe saberse todo y haberse comprendido todo; si no, ¿cómo es posible querer realizar una cosa sin saber a fondo la técnica?

—Siguen las preguntas del maestro:—¿Cuál es la síntesis del rosal?—Ante el silencio del taller, el viejo, mirando por encima de los lentes, agachó algo la cabeza y agregó: La síntesis del rosal es la rosa. La rosa no existe por sí sola, necesita de la planta formada por la raíz, el tronco, las ramas, las hojas. La síntesis del manzano, la manzana. Si el manzano careciera de una de sus partes, no daría la manzana. Si carecemos de algún conocimiento, no podemos sintetizar.

Bourdelle hizo unos cortes de espátula y quedó un pie resuelto.

—Así, los dedos. Hay que cortar. Corten siempre, que de este modo conseguirán la concisión. Pero no hay que exagerar mucho como lo han hecho algunos escultores de nombre. Si exageramos por demás, destruimos en vez de crear. Siempre insistiré en estas cosas: los ángulos, mirar el modelo en profundidad, cortar y fijarse en lo íntimo.

El maestro siguió corrigiendo trabajos diversos y habló sobre los problemas de la escultura con firmeza y con lirismo espontáneo, haciendo figuras e imágenes sugerentes y variadas. Es su modo que resulta de lo más ameno y persuasivo. Hablando, es el poeta que vemos en la escultura.

Aquella mañana fué magnífica. Bourdelle nos habló desde la cumbre de su vejez llena de sabiduría, de bondad y de probidad. Sus palabras eran lentas. Poca voz pero simpática. Mirar de buena acogida. Acento como de español hablando francés. Es de Montauban y se vanagloria de ello porque Ingres era también de allí.

Gervasio Furest Muñoz

París, 1929.

La vida triste del poeta Isaías Gamboa

= De Cromos, Bogotá. =

Isaías Gamboa no era solamente un poeta. Era un enfermo. La lectura del libro en que manos amigas acaban de recoger en Chile sus mejores versos, deja en el ánimo la sensación de la muerte que nos infunden las salas de los hospitales.

Alma irremediabilmente tocada de nostalgia, no era feliz sino sufriendo.

Se le juzga equivocadamente cuando se dice de él que fue un espíritu inquieto porque amaba los viajes. A mi modo de ver, esa sed de ausencias no se explica en él por la inquietud, sino por la melancolía y por el amor a la soledad. Quería ser extranjero en todas partes para sentirse más solo. No supo, como Amiel, encerrarse en sí mismo, aislarse entre todos; por eso sintió la necesidad de emigrar.

Vivió una vida triste, opaca, que hacían más dolorosa los testimonios de afecto con que era recibido en todas partes. De su débil persona emanaba un hálito de bondadosa simpatía que lo ha acompañado hasta después de muerto. Vida triste, digo, pero dichosa en su tristeza. El amor, la amistad, la gloria, la patria, todos los afectos grandes se hacían tristes en su corazón angustiado.

Yo tenía curiosidad de conocer la vida y la obra de Isaías. Su nombre me sonaba en los oídos con hondos augurios desde niño. Pero fué un colombiano a quien sus compatriotas no pudimos conocer sino después de muerto. Satisfago ahora aquella curiosidad en el libro chileno a que antes me he referido: me he desencantado un poco, no precisamente porque le juzgue malo, sino porque deviene inferior al que soñó mi fantasía.

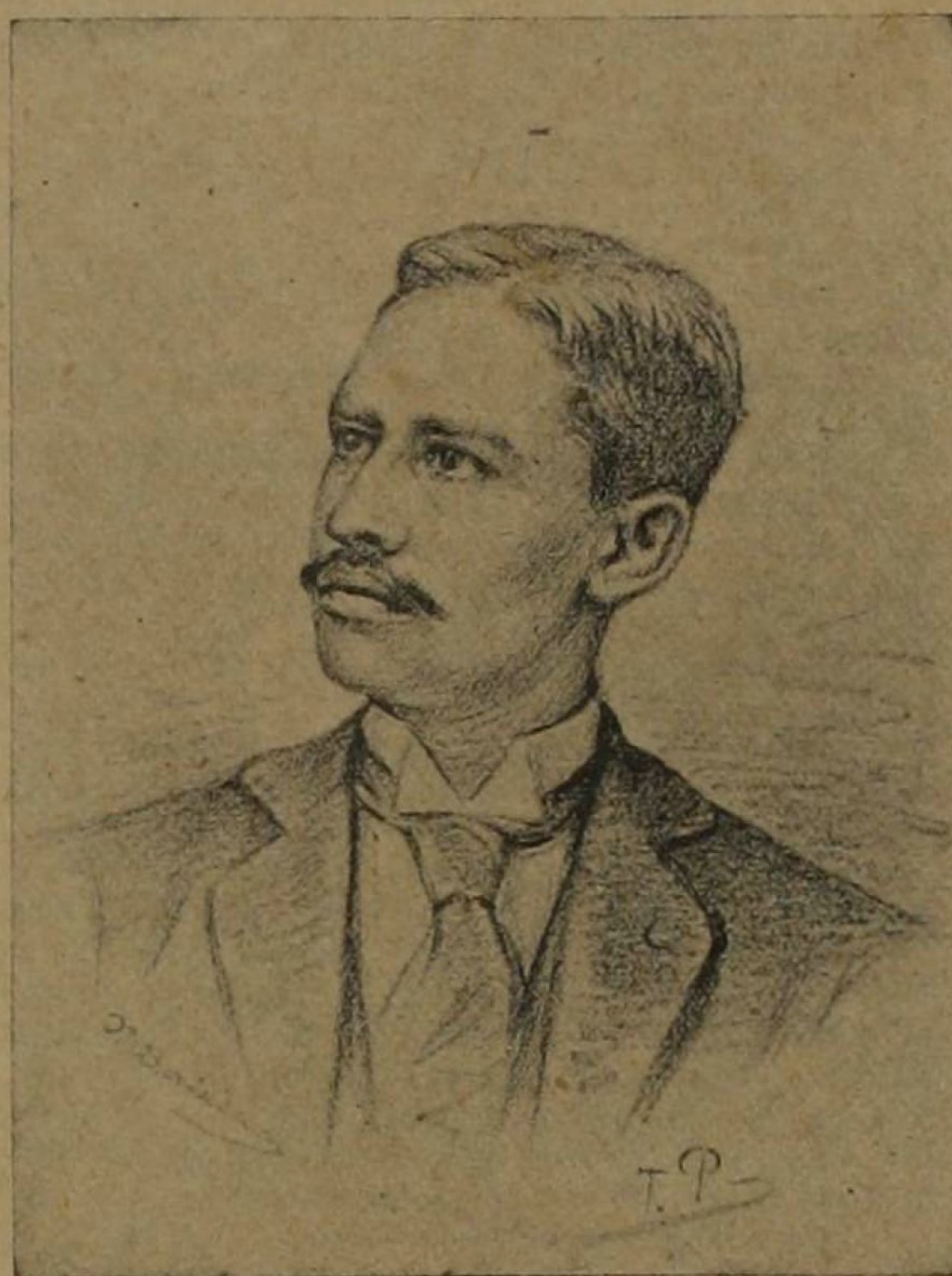
Su mejor poema, *Ante el Mar*, está plagado de influencias y reminiscencias métricas y espirituales de Poe, cuyo *El Cuervo* tradujo Gamboa infelizmente. En general, todos sus llamados grandes poemas como *Ante el Mar*, *Fantasia sobre la samaritana de Rostand* y *Primavera*, me parecen inferiores—por insinceros—a sus humildes poesías breves.

Los cuatro versos de *Nihil*, por ejemplo, vivirán de seguro más que los de *Ante el Mar*. Aquéllos dicen solamente así:

¡Oh, cuánta lucha con la suerte en guerra,
para hallar, cuando todo ha concluido,
una mísera tumba que se cierra
con un poco de tierra
y otro poco de olvido!...

Esa desolación infinita, esa angustia inconsolable de quien no espera nada de la vida ni de la muerte, es toda la poesía de Isaías Gamboa.

En *Nihil* está toda la historia del poeta. Una lucha callada, permanente, con la vida miserable, iniciada el 12 de diciembre de 1872 en Cali y concluida el 23 de julio de 1904 en El Callao, sitio éste que le dió un hueco de tierra en donde reposar, por coincidencia. Murió solo como quiso haber vivido. Un co-



Isaías Gamboa

Dibujo de T. Povedano.

lombiano le echó el «poco de tierra» que su espíritu deseaba; todo Colombia le habrá de dar el «poco de olvido»...

Gamboa residió en Bogotá un tiempo, en la época de Julio Flórez en que, al decir de éste, en todos los rincones de la ciudad resonaban

los sollozos de todas sus canciones,
los estruendos de todas sus orgías
y los gritos de todas sus pasiones.

Gamboa, que era un solitario, no pudo vivir en ese ambiente. De aquí siguió a Chile, tierra buena, que lo acogió amorosamente.

Allí, en el año de 1903, fué premiado su poema *Ante el Mar* que, apesar de sus imperfecciones, recibió clamorosa acogida y le abrió las puertas del afecto chileno.

El amor fué su única cuerda lírica. Era lo natural en aquellos años de subjetivismo exagerado, en que la poesía no era otra cosa que un largo quejido y el corazón el instrumento poético por excelencia.

En Isaías Gamboa todo, hasta la inspiración con ser tan delicada, me parece morboso. Quizá tenga razón Pérez de Ayala cuando dice:

«La inspiración es una enfermedad sagrada, una breve epilepsia genesiaca, como el amor. Poetas, coribantes, faunos y bacantes, bajo el influjo de la poesía, perdían el seso y veían todas las cosas trasmutadas, trasfiguradas: el agua de los regajos, en leche; las panteras, en palomas, por ejemplo. Todo

Simón Latino

esto contiene una verdad permanente. Como en sus orígenes históricos, así en la originalidad recóndita de cada poeta la inspiración es una manera de enajenación, cuyos síntomas extraordinarios se advierten porque ante ella el mundo inerte y habitual cobra vida animada, desusada; mediante ella se renueva la creación del mundo exterior. En este sentido la poesía siempre ha sido y será siempre creacionista, imaginista. Creacionismo e imaginismo no se han inventado anteayer en una casa de vecindad de un barrio de París. No hay otros instrumentos verbales para recrear el mundo exterior sino la metáfora y la imagen. De esto no se infiere que la poesía se deba reducir a una secuencia de imágenes y metáforas sin ilación-lógica, ni proceso sentimental, ni ritmo melódico».

Dentro de esa clasificación, Gamboa pertenece al grupo de los poetas íntimos, que no miran sino hacia adentro. Gamboa veía el paisaje a través de sus dolores o de sus alegrías. Era, pues, un «centrípeto», cuyo numen vibraba solamente por la armonía interior. Aún en los casos en que cantó el paisaje, lo hizo como si el paisaje fuese una emanación de su naturaleza, sacando así verdadera la sentencia de Amiel: «Todo paisaje es un estado de alma».

Canta el amor con ternura de enfermo.
En *Nunca más*, dice:

Que no vuelva a juntar nadie en el mundo
mi oscuro nombre con el nombre de ella,
que ignoren todos que aún la quiero mucho,
que llevo oculta mi amorosa pena.

Que no se borren de la mente mía
de mi desdicha y de mi amor las huellas:
quiero dejar abierta eternamente
mi historia en esta página secreta.

¿Tuvo en realidad esos amores? Es lo de menos. Creyó tenerlos y eso basta para un poeta enfermo. Por lo demás, ¿quién no ha guardado una historia de amor en lo hondo del corazón?

Sus primeros versos decían lo que sería aquel niño de trece años. Como Bécquer, los llamó *Rima*:

De sus crespas pestañas suspendida
ví una brillante lágrima,
y a través de ese líquido diamante,
yo pude ver el fondo de su alma.

Entonces descendió sobre mi espíritu
un rayo de esperanza,
y adiviné el profundo sentimiento
que su inocente corazón guardaba.

Pudo decorazón llegar a ser chileno, pero prefirió morirse colombiano. Amó a su patria con amor desusado. Hay que recordarlo, por eso, con afecto sentido y ver con beneplácito que en Cali un monumento evoque su memoria a las nuevas generaciones.

El centenario de Bolívar y la tragedia venezolana

Barranquilla. Octubre 1 de 1930.

Apreciado don Joaquín:

...Adjunta a ésta va una página de La Nación de esta ciudad en la que hemos dado al público, autorizada con nuestras firmas, la lista de algunos de los presos (los más conocidos) que llenan las mazmorras de la tiranía de nuestra patria. ¡Y a esta hora todavía hoy quienes se preguntan si es que en Venezuela no hay elementos buenos para acabar con Gómez! Si los hay; pero que vean dónde y cómo se encuentran, cuando no andan alcanzados de la miseria en las playas extranjeras que cada nuevo día tienden a generalizarse más como inhospitalarias a nuestro éxodo. En esa lista figura el nombre de un compatriota suyo que fué negado por el Gobierno de Venezuela cuando el de Costa Rica hizo una débil solicitud. Ha estado a punto de perder el juicio a causa de los sufrimientos. Caso de no tener cabida esta lista en las páginas de su gran revista, ¿no podrá ocuparse ella del desventurado Berrocal? Estamos seguros de que sí. La causa de nuestro compatriota Laguarda la ha tomado con bastante interés. Todos esos nombres han sido recogidos con la mayor exactitud y para garantía de su autenticidad hemos puesto nuestras firmas al pie...

Ricardo Montilla

Raúl Leoni

P. S.—Aprovechamos para enviarle ese viril y hermoso poema de un compatriota nuestro, Valmore Rodríguez, de los del Grupo Seremos, de Maracaibo. Tiene poco tiempo de haber salido del Castillo de San Carlos, adonde había sido llevado con los demás compañeros del Grupo. Vale.

Ante la proximidad del centenario de la muerte de Bolívar, el mundo latino se preocupa por escoger el homenaje más digno de rendírsele a su gloria. Los pueblos de la América meridional que en el Libertador ven su héroe máximo, el genio de la raza, como influenciados por su espíritu, se han estremecido en un sacudimiento de renovación política, posiblemente encauzable en un sentido reinvidicativo de los principios integrales del ideal bolivariano, tan estropeado hasta el ultraje por los regímenes imperantes que en el curso de este año han ido desmoronándose.

¡Pero, ya llega el 17 de diciembre y aún está Gómez en Venezuela! La que fue cuna del Libertador; la que guarda sus cenizas, ante las cuales deberían ir, en la fecha centenaria, a ofrecerles su reconocimiento los pueblos libertados por él, aun se halla bajo la opresión del tirano que es vergüenza de América.

A la interrogante obligada que surge en todas las conciencias al considerar la tragedia venezolana, queremos corresponder en parte dando a conocer el siguiente pequeño detalle:

La lista de algunos de los presos políticos venezolanos

En La Rotunda de Caracas:

Militares: Generales: Félix Ambard, Elbano Mibelli, Carlos Hirú, Carlos Borregales y P. Ledezma. Coronel de Artillería: Julián Tovar, Capitán: Rafael Alvarado. Capitán de Fragata: José Rodríguez. Tenientes: Numa Tekaus, Rafael A. Barrios. Subtenientes: Leonardo Leffman, B. Delgado Leffman y Agustín Fernández. Cadetes Alféreces: Eleazar López Wollmer, Benjamín Delgado, Armando Chávez, José A. Ovalles. Sargento Primero Juan Pacheco, Sargento 2o.; Cornelio Istúriz y Juan Vaamonde.

Profesionales: Ingeniero: Dr. Germán Stelling. Abogados, Drs. Ramón Parparcén, ex-Profesor de Procedimiento Civil de la Universidad Central; Guillermo López, profesor de las cátedras de Derecho Penal y Derecho Mercantil de la U. C.; J. T. Arreaza Calatrava, A. Landaeta Payares,

Víctor M. Julián, Manuel E. Sánchez, A. González B. y Miguel A. Páez Pumar, (recluido en el Manicomio de Caracas a consecuencia de las torturas sufridas). Farmacéuticos: Félix Valderrama, Angel Bravo, Patricio Gómez Rubio, J. M. Jiménez Daneau, Celso Domínguez y Jesús María Castro.

Escritores: Nerio Valarino de Lorena, - Antonio Arraiz, Francisco Pimentel, Pablo Domínguez.

Hacendados: José María Morales y Carlos Ponte.

Empleados del Banco de Venezuela: Francisco A. Rendiles, Rafael Alemán, Julio César Díaz, Héctor Borjes, José A. Fernández, Edgardo García Arocha, Alejandro Loinaz Sucre y Manuel Benítez.

Comerciantes: Casimiro Vegas (recluido en el Hospital Militar a consecuencia de su edad y los padecimientos sufridos), J. H. Briceño, José Segnini, Francisco Guerrieri, Jesús Corao, Luis Espinosa, A. González, Rafael Dorta, Fco. Bello, Alfonso León, Luis A. Díaz. C. Hernández Bitter, Alfredo Palacios, Humberto Valle. L. A. Torres Alfonso, P. Mata Sifontes, Enrique París, Fco. Bethancourt S., Julio Naranjo, Elio Montiel, René Carvallo, Carlos Ravotti, Aurelio E. Paragoza, Santiago Osorio, K., Nerio Valarino Jr., Fco. A. Suárez, Miguel León, Ignacio Sánchez, Eduardo Escobar Añez, Emilio León, Pedro R. Azato, Rodolfo Requena, José María Morales, Luis Morales, Pedro Uzcanga, Ramón Savino, J. J. Oviedo, Héctor Quintero, R. Páez Pumar, Rogerio Azato, A. Bravo F., Juan Bautista Mosquera, Benito Berroterán, Rafael Camacho, Ramón López, José Parra, R. Mayorca, José A. Ruiz, Angel Briceño Irazábal, Manuel S. Briceño, Carlos Basalo, Antonio Álvarez Rodríguez, Daniel Istúriz, Simón González, Augusto Crespo, Candelario Riera, Eugenio Muñoz, Manuel Barrios Loreto, Vicente Pino, José Linares, Cayetano Casanio, Juan J. Rodríguez, Carlos Robles, Crispulo Revilla, Ismael Sánchez, Jorge Parada, M. de Jesús Martínez, Alejandro Sandoval, Tomás Andrade y Jacinto Novatesta.

En el Castillo Libertador, de Puerto Cabello;

Militares: Generales: José Rafael Gabaldón, Tadeo Sardi Carvallo, Norberto Borjes, Rafael María Carabaño, Carlos Márquez, Ramón Dorta y Fernando Márquez, (lleva 21 años de prisión con grillos y fue torturado). Capitanes: Luis Rafael Pimentel, L. A. Romero Arjona, F. Briceño Casas, R. Cubero y F. Angarita Arvelo.

Profesionales: Abogados: Dres. R. Arévalo González (con 21 años de cárceles y grillos en 14 prisiones que ha sufrido). Andrés Eloy Blanco (cuya libertad ha sido pedida por la intelectualidad, la prensa y diversas asociaciones de España y América), Enrique Arapé, Germán Herrera Umérez, Francisco Manuel Mármol, Julio Alvarado Silva y Carlos Julio Rojas. Médicos: Doctores Carlos Irazábal (profesor de la Universidad Central), J. Quintero Quintero y Alejandro Trujillo (ex-Diplomático colombiano preso desde el 17 de febrero del año pasado, torturado por hambre en La Rotunda y trasladado a fines del año al Castillo; se ignora si el gobierno colombiano ha hecho la debida reclamación de su libertad). Ingeniero: Manuel Silveira.

Escritores: Edmundo Urdaneta, Pío Tamayo, Manuel Oreamuno Berrocal (costarricense preso desde 1924; su prisión ha sido negada; está como loco a causa de las torturas).

Estudiantes de la Universidad Central: Bachilleres: Joaquín Gabaldón Márquez, Ernesto Silva Tellería, Jovito Villalba, Gustavo Ponte, Julio Mac Gill, Rolando Anzola y M. A. García Maldonado.

Comerciantes: José A. Gallegos Rivero, Gustavo Reyes, Carlos Acevedo, Clemente Leoni Jr., Tancredo Leoni, E. González Gorrondona, Rafael Vargas, Genaro Silva Pérez, José Angel Ruiz, P. Rodríguez Padrón, Tancredo Pimentel, Hermán Nass, Arturo Ometta, Francisco Miranda, C. Basalo Vegas, Benjamín Fernández, Miguel A. León, Jesús Vera, Juan de Dios Gómez Rubio, Antonio José Gómez Rubio, Rafael Carabaño, José Valle, Miguel Valle, Manuel Silva Gómez, Luis López Méndez, Alberto Ravell, Polibio Aguirreche, C. Angulo, F. de Giulio Sánchez, V. Llovera, M. Segovia, L. María Carrasquero, Cristóbal Mendoza, M. Alvarado, Ricardo Ramos, José Dagger, Dámaso Mota, Pedro Ruiz, Angel Rafael Aurecoechea, José Berroterán, Juan Álvarez, Manuel Fe-

lipe Paredes, A. Parra, Carlos Flores, José María García, Domingo Llovera, Jesús Torres, N. Bustamante, Vicente Carranza, Luis Emilio Monsanto, Rafael Torres A., P. Morales, Héctor Valle, Carlos Osorio, F. Chávez, R. Hernández Curvelo, Rafael Villoria, J. M. Torrealba, M. García Pedrique, Alberto Palacios, Luis Gómez, C. Garrido, Carlos Mijares, Nicandro Acosta Delgado, José Arias, Pedro Chaves, Julio Hernández, Manuel Navas, J. Godoy, L. Marciano Moy, Antonio Álvarez, Alcides Lozada, Juan Milano, Jesús M. Suárez, Leopoldo Guédez, R. Rosales Montúfar, Felipe Castro, R. Navarro, José Luis Rodríguez, Ventura Zerpa, Agustín Zerpa, C. F. León, Manuel Ovón, Francisco Salazar, Félix Mijares, Sebastián Blanco Sosa, Andrés Pacheco Anderson, R. Aponte, J. Alvarado, Pedro Navarro González, J. César Ramos, Neftalí González, Vicente Cañizales, Pedro Piña, Daniel Hernández, Francisco Ramírez, Gregorio Núñez, Leopoldo González, Teófilo Garcés, Antonio Arias, Sebastián Mangarrieta, Alejandro Montaña, Augusto Manrique, César Cedeño, Manuel Carré.

En la Cárcel de Calabozo (Capital del Estado Guárico);

Comerciantes: Hernán Landaeta, Octavio Lazo Martí, Octavio Viana González y Pedro Vicente Parra (llevan varios años de cárcel y soportaron 11 meses de grillos de 75 libras. ¡Landaeta apenas pesa 95 libras!, por haber roto una página de revista que tenía un fotograbado de Gómez).

En el presidio de la carretera del Sur (Estado Bolívar):

Militares: Capitán J. J. Riera. Soldados: Juan Lasa y Pedro Roquena.

Comerciantes: Rafael Silva Alvarado, Luis Ruiz Gambús, Eduardo Asuaje, Jesús María Sevilla, N. Briceño, M. A. Palencia, Aurelio Costur, Augusto Crespo, Juan Lucio Peraza y Luis Gasanco.

NOTA: Figuran en esa lista los nombres de personas conocidas, que son apenas una fracción del total de presos políticos. En el presidio de la "China" (Estado Guárico) el número de 500 presos que había se aumentó hará un mes con 90 telegrafistas cuyos nombres aún no conocemos. Y las cárceles de Maracaibo, Coro, Barquisimeto, Cumaná, Ciudad Bolívar, San Fernando, Calabozo y Maracay están congestionadas de detenidos políticos de imposible enumeración.

¿Cómo justifica el Gobierno de Venezuela tales prisiones?

¿Deben los pueblos de América concurrir a las fiestas centenarias que habrán de celebrarse en un país cuyos hijos más dignos figuran en esa lista o andan errantes por el destierro?

¿Puede mantenerse relaciones honrosamente con un gobierno cuya estabilidad se funda en la impotencia de un pueblo encarcelado y una paz de hogares devastados?

Es la hora oportuna de que el continente diga su palabra ante la tragedia de ese pueblo que habló a la América y al mundo y fijó rumbos por la voz de su Libertador.

¡Esa palabra será el mejor y más justo homenaje a Simón Bolívar en el Centenario de su muerte!

Gonzalo Carnevali

Rómulo Betancourt

Raúl Leoni

Ricardo Montilla

J. Briceño Maldonado

Setiembre de 1930.

(Se encarga a la prensa Hispano-americana la reproducción de esta lista).

A mi América india

Sonó tu hora, América. La voz de un gran designio
rueda sobre tus Andes cargada de promesas.
Es el momento pleno de las realizaciones.
(La loba buyó dejándote desatada la lengua)
Alza la frente joven, extiende el recio músculo
tatuado por la sangre de tus razas diversas
y a faz de las naciones caducas que se hunden
levanta la voz ágil de tu epopeya nueva.

América, mi América! Cuida que mano extraña
no extravíe tu paso por intrincadas sendas:
te lo gritan los viejos poetas de la raza
desde el fondo de siglos de sus huacas de piedra.
Tu destino está todo bajo tu sol; pregónanlo
las voces misteriosas de tus viejas florestas,
tus volcanes de sordas entrañas y tus pampas
que barren vientos roncós de encendida melena.

Rompe la baratija del mercader avaro
que se llevó el tesoro de tus áureas arenas;
ya es bastante el recuerdo del ominoso engaño
y corta como un filo sutil la falsa gema.

Tus cóndores, en vano, sobre el pico más alto
plegada el ala recia los confines otean:
da la voz que esperece sus bríos helicóscos
y marca trayectorias con tus mortales flechas.
Creyéndote dormida, pasan balcones raudos
y torvos gavilanes y águilas extranjeras,
y hasta cuervos que busmean vísceras corrompidas
bajo tu cielo azul que el viejo sol dardea.
El viejo sol del inca, retozón, empujado
sobre tus vastos mares y tus profundas selvas,
jubiloso de fiebres, empujador de surcos!
Restituye su culto secular; que no muera
su virtud en tu sangre; alza el ara en tu pecho
y verás animarse los signos en las piedras
de tus templos en ruina, a cuyo arribo aun viven
las almas de tus grandes y viejas tribus muertas.

Ojos escandalosos, avaros de conquistas,
orientan hacia tí sus llamaradas bélicas:
sueñan en el reparto de tus colmadas trojes
y en el oro que abulta tus gordas escarcelas.
Hay hambre y sed. Tú vives en sosiego apacible
frente al desbordamiento perenne de tus eras,
mirando cómo corren tus ríos amazónicos,
tumbada sobre el muelle colchón de tus riquezas.
Levántate y reparte con generosa mano,
rompe tus diques, deja que se escape tu plétora;
ante el dolor del mundo sé bálsamo clemente,
venta de amor y dulce calor de providencia.
Pero, siempre en desvelo, siempre en guardia. No abras
confiadamente a todos de par en par tus puertas
si quieres ser tú misma, dueña de tu albedrío,
sacerdote en tu culto, señora de tu hacienda.

Eras india, salvaje, secular, ignorada,
cuando apuntó el asombro de las tres carabelas
que hombres blancos regían, de extraña catadura,
espada al cinto y ávida mirada aventurera.
La Conquista!... (Tras ellos vinieron los Pizarros
sanguinarios, los negros cáines de la guerra
que arrasaron tus templos constelados de oro
y violaron la flor de tus bravas doncellas)
Gemiste largamente con las manos atadas,
el corazón sangrante, las rodillas en tierra
delante de una cruz que nada te decía,
añorando el recuerdo de tus deidades buenas.

Pero, una mano oculta velaba por tu suerte
desde el fondo sin fondo de la tiniebla espesa,
y en extraño crisol mezclaba con la tuya
sangre de toda raza que el vasto globo puebla.
Y corrieron los siglos... Sobre llanos estériles
y al pie de las montañas feraces y estupidas
se erigían ciudades febriles, laboriosas
estancias, chozas rústicas, arcádicas aldeas.
Nuevos hombres te dieron la fuerza de su brazo,
y el fuego de su espíritu con mil ríos de herencia
que tu ciencia aborigen paciente moldeaba
para tu gozo puro de integración perfecta.

Y un día sacudiste la mano que oprimía
tu frente tributaria, segura de tu fuerza;
la espada del derecho ceñiste a tu cintura,
calaste el gorro frigio y alzaste tu bandera.
Nadie osó detenerte. Conocías tu signo.
Huyeron los leones rampantes a otras selvas
y cayeron deshechos al golpe de tu brazo
los hierros torturantes de las viejas cadenas.

Como en el mito antiguo, renaces de ti misma.
Gloriosa eres ahora, franca, culta y moderna;
acaso un poco tibia para ensayos totales,
pero, el alma ceñida de bríos en potencia.
Monta otra vez el potro piafante de la hazaña,
da tu obra total; canta, seduce, enseña...
o garras de rapiña volverían de nuevo
a imponerte el tributo de la ciega obediencia.

Pide para tus justas vibración de optimismo,
ala de acción y grito de sol en el poema.
Sobre todas las cosas el alma de tus cosas
y tu nombre sonando como divisa y lema.
Apaga en las gargantas el grito mentiroso
que te niega vigor y varonía recia,
que parte tu horizonte en parcelas minúsculas
y erige un campanario como raya suprema.

Tú eres una, indivisa. Te canta así mi estrofa
por encima del coro de parroquias pequeñas,
sobre el Ande soberbio que mira al sol vetusto
en una temblorosa concentración fraterna.

Valmore Rodríguez

El escritor Fabio Fiallo

= Envío del autor. =

Es grato tener por delante un libro en que
se divinizan las bellezas del bien decir, y en
que marchan aparejados el exclusivo dominio
de los secretos técnicos que privan hoy en
nuestros estetas, y la verdad científica que sabe
hacerse plástica al vaciarla el artista en los
moldes de la idea. Tal me sugiere la contem-
plación de *Cuentos Frágiles*, en que no hallo
qué admirar más, si la elegancia sobria con que
el escritor expone sus ideas en planos donde
el espíritu renuncia a la materia para dedicarse
a buscarle un sentido nuevo a la vida, o la
seguridad con que taja los vocablos y les im-

prime a los períodos el calor tropical de una
técnica estrictamente americana.

No concibo cómo el artista puede despen-
derse de las matemáticas psíquicas que miden
el pensamiento, que le dan forma a la idea; si
es que quiere ser matemático en sus aprecia-
ciones: matemático en el sentido de que debe
crear belleza sin faltar a las exigencias de los
medios corrientes en que la naturaleza opera
con los procedimientos conocidos y aceptados
por el Conocimiento. Algunos de los que culti-
van el arte literario, ya se trate de la prosa
o del verso, aunque tejan con gusto exquisito
los peregrinos encajes de un estilo primoroso a

lo Valle Inclán, o el perfectismo policromo como
en los versos de Dario, descuidan la cifra
exacta, el aspecto científico, y, todo se lo dan
a los adornos, al efectismo, creídos de que lo
que precisa es pintar, decorar: hacer paisaje.
O no la expresión que encarna simplemente
una modalidad preciosista en que Pierrot ha
de ser siempre el mismo: demasiado máscara:
demasiado embadurnado de los coloretos que
desterniullan de risa a las marquesas frívolas y,
si la rigidez: Pierrot sin sus galas y sin sus
coloretos pero, frío, inanimado, oculto en la
sombra porque sabe que si se asoma a la luz,
sus contornos inspirarán compasión y nadie to-

mará en cuenta lo que vale como artista. Esto último en lo que se refiere a las extravagancias de los ultraístas que abandonan la sinceridad del vocablo justo en que ha de caber una cifra psíquica bien definida, aunque no vibre ese vocablo con la armonía de las liras eolias, pero que sea exacta la cifra: exacta y luminosa: tal el diamante en las manecillas de oro que lo oprimen.

Sin embargo: no es mi afán dictar pautas—que no hay peor defecto en los que hoy se dedican a las difíciles disciplinas de la crítica, que el hacerse pasar por maestros con el fin de que unos cuantos atolondrados, que no saben apreciar en lo que vale la libertad de elección, adopten medios y sistemas que esterilizan el talento y lo conducen a la mediocridad. Pero la libertad de elección no ha de ser por lo que está a mano, por el superficialismo que tienta a los amantes y los obliga a ataviar, a agradar a los ojos con efectos más o menos brillantes, sin que comparezca la idea ni el espíritu adquiera la certidumbre de que se le ha dado una nueva enseñanza con materiales bien presentados. El espíritu es lo primero que se debe tocar y, los ojos—que en tal caso sirven de introductores junto con el oído y el gusto—desempeñan el papel importantísimo, o de estar completamente cerrados y el espíritu vivirá aprisionado entre la obscuridad de su cámara receptiva, o de estar plenamente abiertos y el espíritu recibirá los mensajes luminosos de su evolución. Y en todo cuanto se haga o se piense—aunque la acción no encierre tendencias a la literatura o a cualquiera otro de los ramos del Arte, ha de prevalecer el criterio de que esa acción ha de propender a crear, a mover el espíritu en inquietudes nuevas que lo hagan comparecer—no estacionario como si ya hubiera realizado una trayectoria de perfección—sino dinámico: dispuesto a resolver con su dinamismo los problemas de la trayectoria. Lo que precisa es que las ventanas del talento y del genio se mantengan abiertas para que a ellas se asome el espíritu y se bañe con el rocío benéfico de la idea creadora. Puede ser que la Ciencia se interponga entre lo que se se llama plano del Arte y plano del Conocimiento. Tal dijéramos la física y, lo que ésta le ofrece al ojo investigador es el universo constelado; pero entonces allí prende el Conocimiento las llamaradas del genio y a la par del artista que estudia con la geometría del cielo el camino de los astros, el camino y el ritmo de los astros, aparece el científico sintetizado en la figura de Einstein. O podríamos armonizar este principio de la hora moderna con el descubrimiento del radio. La onda misteriosa vence todas las distancias en fracciones de segundos y, el disco sonoro—que está ante nosotros en una sala hogareña—nos deleita con una ópera desde París, con un recital desde La Haya, con una entrevista desde Hollywood; o nos conmueve con la sorpresa de una declaración de guerra en los Balkanes, o con el crimen sensacional de los terroristas de Chicago.

Volviendo atrás.

Las almas pluralizan sus aptitudes artísticas en los dominios pintorescos del sentimiento y la emoción. Es que ya nos hemos cansado del objetivismo: aspero que preocupó a los clásicos a través de centurias; y los preocupó en forma que—como estaban creídos que la Razón era cerebral—cuando fue motivo de su voluntad artística lo circunscribieron a labrar contornos; es decir: tenía la firme convicción de que revolucionado el concepto, ofreciéndolo

cada vez más bello y más aceptable al comercio de la estética externa, revolucionaban el Arte en sus condiciones subjetivas. No es el sentimiento una condición de contornos. No es la emoción el artífice que horada la cantera. El cincel es un medio, y los contornos que vibren entre el calor de su caricia han de ser una manifestación, pero no una obra. Detrás de los contornos, y en el fondo mismo de ellos—en la entraña del mármol—ha de brillar una luz: la luz es la obra. Y esa luz, que es energía creadora, temblando entre el mármol e iluminando las concavidades de la cantera en que infunde vida y expresión a las cosas, es hija del sentimiento y de la emoción. Deterministas e Impresionistas le concedieron gran importancia al mundo ilusorio en la suposición—errada desde luego—de que los efectos eran causas; y, que, estudiadas esas causas se adquirirían sistemas para demostrar de modos diversos la Verdad Pura. Esa verdad pura efectista los mantuvo imbuídos en el conocimiento unilateral de que lo que pudiera comprometer la atención, ya en el Arte, ya en la Ciencia, ya en la Filosofía—por mucho que esa atención profundizara la entraña de las cosas—sólo llegaría a la conclusión: o bien de que se separó de los sistemas por ellos establecidos y sorprendió al mundo con una fantasía extravagante y fuera de sentido, o bien de que por haberse adaptado a las exigencias del dogma produjo algo, que si no ofreció motivos de novedad, al menos fue sincero porque repitió lo que ya otros habían hecho. Y este fue siempre el afán: repetir escuelas y copiar sistemas. Las escuelas deterministas e impresionistas dejan de ser cuando Kant echa por tierra el concepto clásico de la Verdad y pone al Conocimiento en contacto con la intuición. De aquí parte Hegel con su hermoso tratado de Estética que más tarde le valdrá la admiración de escritores y poetas. Y, ya en los albores de una orientación definitiva, además de los escritores y los poetas, dibujantes de la talla de Picasso y de Neve y caricaturistas de la talla de Bagaría, apoyan

desididamente la doctrina intuicionista de Bergson. La apoyan desde el punto de vista de Croce. Ya no se dirá que se repiten escuelas y que se copian sistemas. Otra preocupación mueve a la inteligencia moderna: el individualismo creador. Cada uno piensa por separado. Lo que precisa es que haya ideas: que se cree ideas. El mundo comparece entonces múltiple, disgregado: no es un sistema, no es una sola conciencia: es infinitas conciencias y una sola disciplina. La vida abandona el cartapacio, el fósil, el museo de antigüedades. Se dijera que aquello no fue la vida: fue el artificialismo: fué la fórmula que inventó la Ciencia objetivista. Pero era la vida: se vivía dentro de ella; aunque no faltó al iniciarse los sistemas filosóficos quien la supusiera de modo distinto. Tal Platón cuando se arriesga en digresiones metafísicas creando un método que nadie supo aprovechar dentro del maremagnum de tendencias y opiniones simples que cuanto más se las aplicaba al análisis de la Verdad, más embrollado tornaban el análisis: más embrollado y menos aceptable por lo insincero e ilógico. Me refiero al método inductivo. De la inducción se llega fácilmente, o al error de hacer la vida menos comprensiva enredándola en los zarzales de la suposición, o al método kantiano de negar su objetividad con la intuición. La inducción colabora con la inteligencia en la rápida resolución de los problemas modernos planteados por la intuición. Puede asegurarse que uno de esos problemas es el Misticismo. Éste no tuvo acceso en las realizaciones prácticas, ni la Filosofía había avanzado lo suficiente para usarlo en el Arte como instrumento de la Verdad. Pero en manos de los casuistas dió magníficos resultados porque se sirvieron de él para soliviantar las conciencias y acostumbrarlas a vivir en tinieblas.

Hoy el Misticismo es otro.

El sentido común y la inteligencia resuelven el problema de las diversas exigencias sociales: inclusive en lo que atañe a las religiones, la política y la administración de los pueblos.



**El traje hace al caballero
y lo caracteriza**

— y —
La Sastrería

LA COLOMBIANA

**de Francisco A. Gómez Z.
le hace el vestido**

en abonos semanales, mensuales o al contado

Hay un inmenso surtido de
casimires ingleses

Operarios competentes
para la confección de trajes

Haga una visita y se convencerá

Avenida Central, 25 varas al Este del Cometa

San José, C. R.

Teléfono 3283

El Misticismo no contempla estas dos faces de la vida. Se detiene en el talento: se detiene en el genio. Rejuvenece a ambos con sus aguas beatíficas. Es decir: coloca estas dos denominaciones superlativas de lo que puede la voluntad creadora en el plano incommovible del superhombre. Lo verá en el Arte utilizando las cosas con expresiones vagas y finas. Dijérase que hace un arreglo de contornos en que las arquitecturas prenden a cada cornisa, y a cada friso, y a cada columna detalles ornamentales que se hunden en un concierto perenne de arpas. Y esa musicalidad de las cosas torna sagrado el ambiente: lo define casto no obstante su paganismo: lo define casto entre la apotheosis de su música de recogimiento. Tal el caso de Nervo. Aparece el gran artista con la mitra de los pontífices orientales que penetran el misterio de la kábala, que hablan con los dioses y dejan a la entrada del cielo las sibilas quemando el incienso de las interpretaciones teológicas. Casi teólogo es Nervo por lo inmensamente místico, por lo inmensamente artista. Casi teólogo, pero exento del dogma que estruja la divinidad: exento del prejuicio que subordina la imaginación a reglas y métodos que —si bien es cierto encauzan los dictados del alma en normas académicas, también lo es que empobrecen esos dictados y los relegan a la categoría de credos religiosos. Este fué el pecado del misticismo casuístico. Quiso revelar estados de alma en las cifras rítmicas de la métrica y le ocasionó perjuicios al subjetivismo. Porque el subjetivismo no es doctrina, no es norma, no es sistema: es verdad: es espiritualidad: verdad y espiritualidad libres, infinitas, incapaces de derramar sus tesoros armoniosos en moldes crucificados. Al referirme al Misticismo lo hago sin empeñar mi criterio en un nuevo dogma; que el Misticismo, si no se lo sabe graduar, puede desquiciar la razón haciéndoles creer, a quienes lo practican, que fuera de lo que él haga en bien del espíritu, lo demás son pasatiempos prácticos en que se entretienen las mentes materialistas. Yo contemplo el Misticismo separado de los místicos que encastillaron el criterio y la imaginación en el salmo, en el canto atormentado en que prevalecía lo demoníaco, lo que hacía temblar a las almas cuando éstas se recogían a escuchar con unción devota los lamentos de los carilleros enclaustrados. Esos no eran místicos: eran practicantes de una devoción que antes que procurarle deleite y expansión al espíritu, lo atormentaban con los grilletes de religiones exclusivistas. Eran los practicantes y los mantenedores de esa devoción. Y dentro de esa devoción, el pensamiento hizo prodigios de habilidad retórica, ya en los dramas religiosos de Lope de Vega, ya en las filigranas rítmicas de Leonardo y Lupercio de Argensola, ya en las elucubraciones místicas de la erótica Santa Teresa. Es mi parecer, que si el espíritu no se hubiera abierto en la aspiración elevada de renunciar al superficialismo dogmático que las escuelas clásicas le ofrecían como verdad —aspiración que es imposible poseer si no hay el convencimiento filosófico de que, encontrando la divinidad oculta que rige el univer-

so ya se es poseedor de la Verdad— nada nos estarían enseñando a estas horas con sus trascendentales teorías metafísicas, Kant, Hegel y Bergson. A partir de estos filósofos el pensamiento es otro: adquiere flexibilidades que lo ponen en contacto con las leyes divinas que gobiernan al mundo y la Razón. Ya será más fácil el acceso de los cinco sentidos en el plano de la inteligencia y la vida, dejará de ser un eterno apocalipsis para convertirse en los torrentes armoniosos de la música libre, de la literatura libre, de la pintura, que lo mismo puede interpretar las pasiones ardorosas de la carne, como la beatitud de una alma conventual, como los retorcimientos dolorosos de un Jesús crucificado. Ya no prevalece en el Arte la norma de escuelas viciadas. La idea es primero: la idea sin dogma: la idea amplia, infinita, honda: la idea simple y fuerte que aunque carezca de atavíos será siempre el reflejo de la Verdad. Por eso es que algunos artistas modernos hacen literatura dislocada. No tallan contornos. Temen que el cincel cercene la idea: que la cercene y la oscurezca. La literatura dislocada salta aquí y allá sin importarle que la silben los que todavía conservan resabios de la decadencia. No le interesa tener contento al preciosismo: le interesa estar a tono con el espíritu. Pero esta no es propiamente una literatura dislocada, o, si lo es, no lleva consigo ningún dislocamiento y el que se le nota, es el producto diferencial entre lo que es ella en sí como exponente de la Verdad, y lo que representa el arte antiguo cuya labor consistió en ponerse al servicio de algún credo religioso para favorecer las castas elevadas, excluyendo de sus prácticas a los que no profesaban el credo. Entre los escritores rebeldes que anteponen la sinceridad de su espíritu vigoroso a las virtualidades académicas en que expusieron sus últimos tesoros los siglos xviii y xix, se encuentra el admirable cuentista do-

minicano, Fabio Fiallo. Ni muy dado el simplismo unilateral de la estética objetivista, ni tampoco muy entregado a las prácticas intuitivas en que el objeto desempeña un papel rudimentario. Este hombre no entiende de los arrevesamientos en que suelen incurrir algunos entusiastas que—por el afán de figurar en filas de vanguardia—descuidan el régimen de una disciplina metódica. Es entendido que, como están buscando nuevas orientaciones al Arte desde el punto de vista moderno de la intuición, se debe andar con cuidado. Cualquiera improvisación, ya se trate de la Música, o de la Pintura, o de la Literatura, o de la Escultura, es peligrosa y puede dar lugar a que las normas antiguas adquieran preferencia en el ánimo de los artistas timoratos. Pero, del mismo modo que Fiallo esquivo la incipiente de estas horas todavía indecisas en que no se sabe a punto fijo cual es la trayectoria definitiva que ha de seguir el Arte futuro, sabe elegir los momentos felices que se cuelan en esa incertidumbre y, sin ser clásico en forma que desagrada a la estética evolutiva, ni modernista en el sentido rimbombante de hacerse incomprensivo, marcha intermedio como si quisiera servir de juez y trazarle a la literatura un camino seguro. Se dijera que este escritor encauza el pensamiento imprimiéndole una dirección que obedece al impulso propio de su propia voluntad: una voluntad firme, resuelta si se quiere, mas no exenta de tropiezos si se considera que cuando se es original salen al encuentro voluntades contradictorias que se creen capacitadas para subordinar a su criterio a los espíritus independientes. Bien hace quien así determina una ruta fija a sus aspiraciones y, sin apostrofar los sistemas rudimentarios, ni adelantarse en falsas admiraciones con respecto a los iniciativas que hoy le dan otras orientaciones al Arte en general, sólo se preocupa de ingeniar una técnica y vaciar sus motivos en la arquitectura de su estilo personal.

José Francisco Villalobos

San José, Costa Rica 1930.

Ensueños de Nochebuena (Juguete)

*La Nochebuena se viene
la Nochebuena se va...
Y nosotros nos iremos
y no volveremos más.*

Personajes

La abuela—dos nietecitos, un niño y una niña como de seis y cuatro años respectivamente. La Nochebuena. Capucita. Pulgarcito. Cenicienta. Blanca Nieve. Aladino. Tío Conejo. El Niño Jesús. La Cucarachita Mandinga. Una hada viejecita. Dos gnomos.

Acto único

La escena representa un dormitorio con dos camas. Adosado a la pared del fondo, un armario. En una esquina una mesa cubierta con un tapiz. Puertas a derecha y a izquierda. En el foro una ventana que da a la calle.

(Al levantarse el telón, los dos niños, con vestidos de dormir, jugarán ruidosamente en sus camas)

Abuela.—Ahora a dormir, mis muchachitos.

Los niños.—Todavía no, todavía no... Otro ratito, mamita Juana.

La abuela.—Entonces el niño de repente pasa derecho. Como oye bulla... Para que entre, todo debe estar en silencio.

(Por la ventana entran ruidos alegres y la música de una guitarra que acompaña a una voz que canta.)

La voz.—La Nochebuena se viene
la Nochebuena se va...
y nosotros nos iremos
y no volveremos más.

(La abuela se pone un dedo en los labios para que los niños callen. Tiene un aire pensativo).

Abuela.—(Canta en voz baja):
Y nosotros nos iremos
y no volveremos más.

La niña.—¿Qué decías, abuelita?
El niño.—¿No has oído? (Canta)
Y nosotros nos iremos
y no volveremos más.

(Otra vez entran en la habitación los acordes de la guitarra).

(Canta palmoteando):

La Nochebuena se viene
la Nochebuena se va...

La niña.—(Canta):
Y nosotros nos iremos
y no volveremos más...

La abuela.—Bueno, yo qué... el Niño
va a pasar derecho...

Los niños.—No, no... si ya nos vamos
a dormir. (Se arrodillan, se persignan
y rezan el Padre nuestro. Luego se
acuestan y la abuela los abriga.)

La niña.—Si el Niño no me trae la
cocinita que le pedí mañana, no dejo
que mamá me peine.

El niño.—Mamita Juana, me traerá la
linterna mágica?

Abuela.—Quién sabe... Como el Niño
está tan pobre este año.

La niña.—Mi bebé que sea con pelo
de veras y que cierre los ojos. Dí-
gaselo al Niño, mamita Juana, oye?
Dígaselo Ud. al Niño... pero díga-
selo.

Abuela.—Bueno, mi hijita, bueno. Pero
duermase, porque si el Niño oye el
menor ruidito, pasa derecho.

El niño.—(Con voz adormilada). ¿Cómo
a qué hora vendrá?

Abuela.—Cuando Uds. estén dormidos

La niña.—Pero que mi bebé... sea...
con... pelo...

(Los niños se duermen. La abuela los
abriga bien, va a la ventana y durante
un rato se queda oyendo la alegría de
la calle; luego con voz llena de melan-
colía canta:

Y nosotros nos iremos
y no volveremos más...

(Sale por una de las puertas. Des-
pués que ha salido, la habitación se ilu-
mina poco a poco con una luz azul. Por
la otra puerta entra la Nochebuena dan-
zando en la punta de los pies. Es una
muchacha envuelta en velos negros reca-
mados de lentejuelas, cascabeles y cam-
panillas. En las manos trae una pan-
dereta. Danza frente a las camitas y
canta:

Yo soy la Nochebuena...
lará, lará, lará.
La alegre Nochebuena
lará, lará, lará.

(Llegan los sonos de la guitarra. La
Nochebuena viene al frente y canta acom-
pañándose con su pandereta).

La Nochebuena se viene
la Nochebuena se va...

Nochebuena.—(Busca por los rincones).
¡Caperucita! ¡Caperucita! ¿En donde es-
tás Caperucita encarnada?

Caperucita.—(Sale de debajo de la
cama de la niña, con su caperuza
y su cestita en la que están el bollo de
pan y el tarrito de manteca; trae en la
mano un ramillete). Aquí estoy, señora
Nochebuena. Voy a llevar a la abuela
este bollo de pan y este tarrito de
manteca, de parte de mi madre. En
el bosque he encontrado un lobo que
ha sido muy cariñoso conmigo y me
ha dado este ramo (Canta):

Qué lindas las flores,
qué suaves olores!
Por qué dice madre
que el lobo es malvado,
si aquí en la manita
de Caperucita
un beso muy dulce
muy dulce ha dejado?

Nochebuena.—Dí, Caperucita, sabes
algo de Almendrita.

Caperucita.—Sí, la vi en el arroyo;
iba embarcada, en una hoja y una ma-
rposa le servía de vela. No quiso de-
cirme hacia adonde se dirigía...

Nochebuena.—¿Y Pulgarcito?

(Se oyen voces dentro de un armario
y una voz que dice):

Pulgarcito.—Aquí estoy... aquí estoy...

(La Nochebuena abre el armario y sale
Pulgarcito vestido como dice Maeterlinck,
calzoncillo rojo-bermellón, corta casaca
azul celeste, medias blancas, zapatos de
cuero leonado. Viene cargado con las
Botas de Siete Leguas).

Pulgarcito.—(Lanza al aire su gorrita)
¡Salud, señora Nochebuena!

Nochebuena.—(Besa a Pulgarcito en
las dos mejillas. Caperucita y Pulgar-
cito se besan y se abrazan).

¿Y tus hermanos, Pulgarcito?

Pulgarcito.—Se fueron con el Gato con
Botas... El Gato con Botas les contó
que en el bosque hay una casita de
turrón... Yo no fui porque tenía dolor
de estómago. Mañana voy.

Caperucita.—¿Me llevarás, Pulgarcito?

Pulgarcito.—Bueno, pero cuidado con
cansarse.

Caperucita.—No, si yo soy muy va-
liente para caminar (Brinca de alegría).
¡Qué rico! ¿Y le podré llevar a la
abuela un pedazo de turrón?

Pulgarcito.—Claro, si toda la casa es
de turrón.

(Llaman a la ventana).

Una voz desde el exterior!—Aquí
vengo, soy el Niño-Dios.

(La Nochebuena abre de par en par
la ventana. Dentro salta tío Conejo con
resplandor en la cabeza).

Tío Conejo.—(Entra con aires de im-
portancia, jadeante y afanoso, limpiándose
el sudor con el brazo). Ya no echo...
A uno le toca repicar y andar en la
procesión...

Nochebuena.—¿En qué afanes andas,
tío Conejo?

Tío Conejo.—Tío Conejo, tío Conejo.
No tiene ojos? No ve que soy el Niño-
Dios? Ando repartiendo juguetes. Vengo
a esta casa a dejar a estos chacalín-
cillos cualquiera cosilla. (Se registra
los bolsillos y saca una corneta).

Caperucita.—¡Oigan eso! ¡El Niño-Dios!
Si eres tío Conejo.

Pulgarcito.—¡Miren! ¡El Niño-Dios!
¿Acaso el Niño-Dios tiene orejas así?

Tío Conejo.—¿Adiós, y esas cachas? (Se-
ñalándose el resplandor) Y esto no es
nada?... ¿Verdad? No es nada, fíjense...

(Se abre la puerta y entra sofocado el
Niño Jesús, con un gran saco al hombro).

Niño-Dios.—Tío Conejo, dame mi res-
plandor.

Tío Conejo.—¿Cuál resplandor?

Niño-Dios.—Pues el mío, ese que tie-
nes puesto, y que me lo cachaste allí
a la vuelta.

Nochebuena.—Y eso qué es, tío Conejo?

Tío Conejo.—(Hace señas al Niño-Dios
para que calle) No, viejito, si era por
molestar. (Aparte) ¡Qué gran vaina!
(Se quita el resplandor que ciñe de cual-
quier modo en la cabeza del Niño-Dios).

Nochebuena.—(Arregla el resplandor al
Niño y le acaricia los cabellos). ¡Oh
Niño Jesús, inocente y bueno. ¡Cómo
pudo caber en esa cabecita la idea de
juntarse con tío Conejo, el más pícaro
de todos los habitantes del planeta?

Niño-Dios.—Si él también es mi her-
mano... Me salió al paso, me preguntó
si podía acompañarme, se ofreció a
servirme de guía, me contó que era
muy rico, y luego trató de quitarme
el saco de juguetes... Como yo me
opuse, se apoderó de mi resplandor y
echó a correr gritando:—¡Ahora soy
el Niño-Dios!

Tío Conejo.—(Se va a un rincón con
la cara vuelta para la pared). Carachas
con el Niño-Dios más acusetas! Me
las va a pagar. (Mira al grupo con el
rabillo del ojo).

Niño-Dios.—(Se acerca a tío Conejo) Ven,
tío Conejo, ven, no te enojas. Si quie-
res mi resplandor, te lo doy. Eso no
tiene importancia, me lo han puesto
los hombres. (Coge de una mano a tío
Conejo y lo lleva adonde están los de-
más.—Tío Conejo finge un aire humil-
disimo).

Nochebuena.—(Coge a tío Conejo por
una oreja). ¡Ven acá, gran zaimarrito,
pícarón, mala persona! ¡Quién lo ve
que no quiebra un plato! (Tío Conejo
deja su aire de víctima, levanta los ojos
hacia la Nochebuena y prorrumpe en
una carcajada; luego le arrebató la pan-
dereta y danza. Todos se ponen a dan-
zar en torno de la Nochebuena y a cantar).

La Nochebuena se viene
la Nochebuena se va...

(En la calle el corro responde).

Y nosotros nos iremos
y no volveremos más...

Cenicienta.—(Sale de detrás de una de
las camas luminosa y bella.) Habéis visto
en alguna parte mi zapatito de cristal?
Alguno de vosotros lo ha visto? (Pre-
gunta acongojada y llorosa).

Pulgarcito.—¡María Cenicienta! ¡Miren a la cenicientilla! Pero de dónde sales ahora?

Nochebuena.—(*Atrae a Cenicienta y le hace cariño*). Bienvenida, querida niña.

Caperucita.—¡Qué linda es Cenicienta! (*Le toma una mano con ternura*). Cenicienta, me conoces? Yo soy Caperucita...

Cenicienta.—¿Eres Caperucita? Tanto te he oído nombrar! Qué cosa más encantadora eres, Caperucita! (*Lalevanta en los brazos; Caperucita ríe a carcajadas; pone a Caperucita en el suelo y vuelve a preguntar ansiosa*). No habéis visto en alguna parte mi zapatito de cristal? Uno lo tengo guardado en mi cofre pero el otro lo perdí. Bailaba con el príncipe, cuando sonaron las doce de la noche... salí corriendo y dejé uno de mis zapatitos de cristal en la escalera... (*Llora*).

Tío Conejo.—Pues yo no lo he visto... Palabra que no lo he visto.

Pulgarcito.—Pues quién sabe, tío Conejo, cómo anda eso... No me la haces buena... Hay sospechas...

Tío Conejo.—Y esas cachas? ¿Acaso yo voy a bailes? ¿Que se perdió esto? Pues Tío Conejo. ¿Que se perdió lo otro? Pues Tío Conejo. Ya me cogieron de mona. (*A Cenicienta*). Está muy bueno que se te perdiera. Me habría gustado que fueran los dos. ¡Muy bonito! Una señorita a media noche sola en un baile... (*Se dirige a todos*) Y si no se convencen, vean. (*Se saca los bolsillos*). Ya ven, no tengo nada. ¿Por qué no le registran el saco al Niño?

Caperucita.—Qué bárbaro!

Tío Conejo.—¡Sí, qué bárbaro! Y que fué que cuando pegaron de mí no dijiste qué bárbaro?

Cenicienta.—(*Llorando*) Ya perdí la esperanza de encontrarlo.

Pulgarcito.—No afligirse, Cenicientilla, aquí están mis botas. La de cuál pie quieres?

Cenicienta.—(*Acariciándole las mejillas*) Gracias, Pulgarcito, no ves que son muy grandes para mi pie? Mira.

Tío Conejo.—¡Ay Jesús! ¡Qué paticas tiene la niña! Si caben en un hollejo de frijol.

Pulgarcito.—No le hagas caso, Cenicienta. Mis botas son encantadas, no sabes? Si te las pones; se ajustarán a tu pie que caben en un pétalo de rosa.

Cenicienta.—Pero para caminar siete leguas de un paso... ¿Podré con ellas realizar los milagros del amor? No sabes que el amor está formado de cosas pequeñas y delicadas? Con tus botas, les pasaría por encima sin verlas. Tal vez pasaría cerca de donde está el príncipe de mi corazón, sin darme cuenta. Para llegar adonde el está, necesito mis zapatitos de cristal.

Niño Dios.—Sí, dices bien, Cenicientilla. Tus botas, Pulgarcito, eran de un ogro y han servido para perseguir a los débiles y maltratarlos. Sólo conocen caminos oscuros y enlodados. Mientras que tus zapatitos no conocen más que el camino luminoso que te llevó a tu príncipe. Sigue buscando

tu zapatito formado con los pedacitos que se le arrancaron a una estrella. No importa que en buscarla emplees toda tu vida.

Nochebuena.—Sí, no importa. Ese zapatito de Cenicienta es como una estrella. Y reyes hubo que dejaron su país y su riquezas por seguir una estrella que los guiaba hacia el amor. Que el recuerdo de tu zapatito sea como aquel lucero para ti, Cenicienta. Tío Conejo.—¡Ay! qué niña más melindres es la tal Cenicienta! Pues si ella no quiere tus botas, Pulgarcito, yo sí, (*Trata de calzárselas; Pulgarcito se lo impide*).

Pulgarcito.—Sí, no era más...

Caperucita.—Si estuviera aquí Aladino. El sabría encontrar con su lámpara maravillosa, tu zapatito, Cenicienta.

Tío Conejo.—Van a seguir con el tal zapatito... ya me tienen aburrido... (*Sin que lo vean, se calza las botas de siete leguas y se escapa; así que ha salido, Pulgarcito lo echa de ver y corre tras él; Pulgarcito vuelve a entrar desconsolado*).

Pulgarcito.—(*Compungido*). Se llevó mis botas ese tío Conejo!

Nochebuena.—Oh tío Conejo! es listo... ¿Y quién lo coge ahora? (*Consuela a Pulgarcito. Llamam a la puerta*).

Una voz desde afuera. Upe, upe.

(*Caperucita corre a abrir. Entra la Cucarachita Mandinga llena de lazos y encajes y dándose una mano de polvos en el rostro*).

Cucarachita.—Buenos se los de Dios. ¿Y cómo les va yendo?

Nochebuena.—Dichosos ojos, Cucarachita Mandinga (*Todos la saludan y la agasajan*).

Niño Dios.—Érase una vez una cucarachita mandinga que barriendo la puerta de su casita se encontró un cinco...

Caperucita.—Y Ratón Pérez?

Pulgarcito.—¿No sabes que quedó viuda? Lo dejó cuidando una olla de arroz de leche y por goloso se cayó entre la olla hirviendo, y... (*La Cucarachita llora*).

Nochebuena.—Niños, niños, que ocurren, para qué recordar su dolor?

Pulgarcito.—No llores, Cucarachita Mandiga, que yo por ser Pulgarcito, me cortaré un dedito.

Caperucita.—No llores, que es Nochebuena. Cantemos (*La Cucarachita trata de borrar con la mota de los polvos, las huellas del llanto*).

Caperucita.—(*Canta*).

La Nochebuena se viene...

(*Todos cantan y danzan en ronda*).

La Nochebuena se viene,
la Nochebuena se va.

(*Entra tío Conejo a horcadas en los hombros de Aladino que viene vestido con traje de chino. Tío Conejo trae calzadas las botas de siete leguas*).

Tío Conejo.—¡Viva yo! Aquí está Aladino con su lámpara maravillosa (*Se deja caer de los hombros de Aladino. A la interrogación muda que hay en*

el gesto de todos responde): Sí, como los ví con tantas aquellas porque a Cenicienta se le había perdido un zapato, que el zapato de vidrio por aquí, que el zapato de vidrio por allá, y como Cenicienta no hace más que hacer cucharas por el tal zapato... Y como eso no debe ser en una noche como ésta, me encajé las botas de Pulgarcito y me las chiflé para la gran China a traer este palomo y su lámpara maravillosa.

Aladino.—Sí, a vuestras órdenes, señoras mías.

Caperucita.—¡Qué dicha! (*Salta de alegría*). Es que a Cenicienta se le perdió uno de sus zapatitos de cristal y...

Tío Conejo.—Callate, chacalincilla, no te metás en la conversación de los mayores (*La aparta*); que hable la dueña del zapato... Es un cuento de un baile, de un príncipe, de una carrera por una escalera... yo no entiendo.

Nochebuena.—Ven, Aladino, para explicarte (*Lo lleva aparte y hablan en voz baja*).

Tío Conejo.—¡Quién dispone! ¡Zapatos de vidrio! Eso sólo para andar en alfombras y no para echar carreras (*Contempla y toca los pies de Cenicienta*). ¡Miren allá que mirrusquitas!

Aladino.—(*A Cenicienta*). Mi lámpara hace maravillas, es cierto: construye palacios en una noche, hace poderoso a su dueño, pero no podrá traer tu zapatito de cristal, Cenicienta. Eso te lo traerá a su hora el amor. Espéra, Cenicientilla, espera...

Cucarachita.—¡Achará el zapatito! ¿Si lo encuentras, me prestas los dos para ir a un baile?

Caperucita.—(*Canta*).

Zapatito, zapatito,

zapatito de cristal!

Dónde estás, que Cenicienta,
ya se cansa de buscar?

(*Todos, menos tío Conejo y el Niño, hacen una ronda y cantan la misma estrofa en torno de Cenicienta. El Niño desamarró su saco y saca unos juguetes. Tío Conejo se ha apoderado de la cesta de Caperucita, destapa el tarro de mantequilla, unta el pan y lo mordisquea. Luego va a donde el Niño, le unta la nariz de mantequilla y sigue mordisqueando el bollo. Pulgarcito sorprende a tío Conejo*).

Pulgarcito.—Mira, Caperucita, a tío Conejo.

Caperucita.—(*Corre a rescatar sus haberes*). Mire, señora Nochebuena, a tío Conejo; se está comiendo el pan que le llevo a mi abuela.

Nochebuena.—(*Acude presurosa y tira de las orejas a tío Conejo*). Ven, malportado, arrodíllate aquí y no te muevas!

Tío Conejo.—Ajá, sólo a mí y al Niño nada...

Niño-Dios.—Y a mí por qué?

Tío Conejo.—Sí, sí... Y a mí por qué? Vayan y le verán la nariz como la tiene. (*Aparte*): Me lo tiré...

(*Todos se acercan al Niño a verle la nariz*).

Cucarachita.—(*Asombrada*) ¡Hijo de Dios! Si la metió toda en el tarro..

Nochebuena.—Ajá, zamarrito, a arrodillarte, a arrodillarte tú también... Golosos!

Niño-Dios.—(*Se arrodilla con aire de víctima*) No ven que fué que tío Conejo me untó la nariz de mantequilla a la traición?

Caperucita.—Niño Jesús, me quieres dar permiso de ver los juguetes que traes en tu saco?

Niño-Dios.—(*Sollozando*) Sí, Caperucita...sí...pero dile a la Nochebuena que fué que tío Conejo me untó a la traición...

Caperucita.—(*A la Nochebuena*). Oiga, señora Nochebuena, si fué que ese tío Conejo le untó la nariz al Niño para que pegaran de él...

Nochebuena.—Está bien, que se levante el Niño (*El Niño se levanta*).

Tío Conejo.—Se me olvidaba contarles, que por allí no más me encontré con Blanca Nieves y los enanillos. Voy a ver qué se hicieron... (*Corre hacia la puerta y de paso coge la lámpara de Aladino. Éste lo sorprende y y trata de quitársela*).

Aladino.—Ah, ¡gran ladrón!

(*Tío Conejo sale perseguido por Aladino*).

Nochebuena.—El Señor me dé paciencia con este tío Conejo! (*Todos comentan escandalizados la conducta de tío Conejo*)

Uno de los niños.—(*En sueños*) ¡Caperucita! ¡Caperucita!

Caperucita.—(*Acude y se inclina sobre los niños dormidos*). Señora Nochebuena, oíd lo que quiere la niña: un bebé con pelo de deveras y que cierre los ojos. Venid, señora Nochebuena, arrulladlos, están inquietos.

Nochebuena.—(*Se coloca a la cabecera de la cama de la niña y canta*:

Arrurrú, mis muchachitos,
aquí está la Nochebuena,
con sus tambores y pitos
y en el alma ni una pena.

(*Todos rodean la cama de los niños*).
(*Llaman a la puerta. Abre pulgarcito y aparece tío Conejo dando la mano a Blanca Nieve y a los duendes*).

Tío Conejo.—(*Entra*). Uf, ¡qué cansado que vengo! Si no llego a tiempo, a esta muchacha se la lleva Barba Azul.

(*Todos rodean y dan la bienvenida a los recién llegados*).

Blanca Nieve.—¡Qué contentos estáis! ¡Buenas noches!

Tío Conejo.—Buenas patas tiene tu caballo, Blanca Nieves. Buenas patas tienen los caballos de Uds., duendecillos.

Cucarachita.—Qué lindo tu traje, Blanca Nieves. ¿En dónde lo compraste? Yo quisiera tener uno igual...

Blanca Nieve.—Mañana te lo mando, Cucarachita coqueta. Es un regalo de mi príncipe, pero para mí es una dicha el ofrecértelo.

Cenicienta.—(*Ansiosa*) ¿Cuál Príncipe?

Blanca Nieve.—Pues mi esposo.

Cenicienta.—(*Más ansiosa*) ¿Cómo es tu Príncipe?

Blanca Nieve.—Su cabello es rojo y ensortijado; sus ojos tienen el color

La Pluma

Revista mensual
de Ciencia, Artes y Letras

Director: ALBERTO ZUM FELDE

Editores: ORSINI BERTANI & Cía. Montevideo

Precio del ejemplar:..... 0.40 oro

Redacción, Administración:

ROQUE GRARSAES 662.

de las avellanas. Es alto, esbelto, gentil. Cenicienta.—Entonces no es el mío. Mi príncipe es alto y esbelto como el tuyo, pero su cabello es onda de oro y en su pupila se refleja una flor azul.

Tío Conejo.—(*Tira de la barba a uno de los duendes*). Tan chiquitillo y con barba!

(*El duende chilla y quiere vengarse*).

Niño Dios.—Paz, haya paz.

Gnomo.—Fué que me jaló muy duro.

Blanca Nieve.—No molestes a mis duendecitos, Tío Conejo. Los quiero tanto! No sabes lo buenos que fueron para mí cuando mi madrastra me mandó perder en el bosque.

(*Los duendes curiosean por la habitación*).

Un Gnomo.—Mirad lo que está aquí. Pulgarcito.—(*Corre al rincón en donde está el duende*). ¡Es una nanita!

Niño Dios.—Es una hada viejecita. (*La toma de una mano y la conduce frente a la Nochebuena*).

Nochebuena.—Salud, señora hada!

Hada.—Salud, Nochebuena!

Caperucita.—Es Ud. el hada que hizo cien años a una princesa?

Uno de los niños.—(*Sueña*). La bella durmiente del bosque...

Hada.—No, soy el hada que condenó a la muchacha malhumorada y grosera a echar por la boca zapos y culebras

Carmen Lyra

cada vez que hablara y a la muchacha dulce y bondadosa, le concedí el don de que brotaran de su boca, a cada una de sus palabras amables, rosas y brillantes y perlas.

Niño-Dios.—Pobrecita la una y dichosa la otra. Si yo le ayudara a ser como su hermana, dulce y bondadosa, la perdonaría, señora hada?

Hada.—Sí, por qué no?

Caperucita.—¿Y echará también rosas, perlas y brillantes por la boca?

Hada.—Sí, sí.

(*Caperucita salta de alegría*).

Niño Dios.—Ayudadme todos a colocar los regalos a los niños. (*Todos acuden*). Pues este bebé lo vas a poner, Caperucita, en la cama de la niña. Y esto (*Una dulzaina*) colócalo, tío Conejo, en la del niño. (*La toma tío Conejo, hace que la va a llevar al lugar indicado, pero la esconde en el pecho*). Y tú, Pulgarcito, lleva al niño la linterna mágica que tanto desca. (*Sigue dando juguetes para que se los pongan en las camas. Cierra el saco*). Voy en busca de otros niños que duermen a llevarles los juguetes. ¿Vendréis conmigo?

(*Todos se disponen a seguir al Niño. Se oye el ruido de una puerta que se cierra allí cerca. Se muestran inquietos*).

Nochebuena.—(*En voz baja*). Ha sido el viento...

Un duendo.—(*Con el oído atento*). Alguien viene...

(*La luz se va apagando. La habitación queda a oscuras. Todos desaparecen. Pasan por la calle gentes alegres. Llega otra vez la música de la guitarra que acompaña la voz que canta*).

La Nochebuena se viene,
la Nochebuena se va...
Y nosotros nos iremos
y no volveremos más.

Costa Rica, 1930

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSÉ, COSTA RICA

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras "National"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "Burroughs"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "Royal"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH
Socio Gerente

RAMÓN RAMÍREZ A.
Socio Gerente

Imp. Alsina (Sauter, Arias & C.) San José, Costa Rica